

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD AZCAPOTZALCO**

**DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA**

TESINA

**EL PAPEL DEL DISCURSO POLÍTICO EN LA
FORMACIÓN DE IDENTIDADES**

Para obtener el Título de:

LICENCIADA EN SOCIOLOGÍA

Presenta:

TANIA LIBERTAD SÁNCHEZ GARRIDO

Asesor:

Dr. Roberto Gutiérrez López

México. D.F. 28 de Febrero 2005

A mis padres,
cuyo incondicional cariño me impulsa cada vez más lejos.

AGRADECIMIENTOS

Tengo una deuda considerable con la Sociología por haberme abierto un abanico de posibilidades en la vida y por presentarme en este camino con personajes cuya influencia ha sido crucial para mi desarrollo intelectual y emocional. También agradezco a la planta docente del Departamento de Sociología, particularmente a Margarita Olvera, Miriam Alfie, Esperanza Palma, Estela Serret, Juan Mora, Miguel Casillas, pues sin sus clases me habría sido imposible descifrar el laberinto de la Sociología.

Agradezco, entrañablemente, el invaluable apoyo del Dr. Roberto Gutiérrez, asesor de este trabajo, que no sólo ha solidificado los pilares de mi interés académico, sino que ejemplarmente me ha permitido conocer otras formas de hacer Sociología; además de la confianza y estima que en todo este tiempo ha depositado en mí.

A mis padres, Rubén y Ana Lilia, que me han enseñado la conjugación de la libertad y el cariño en la vida, llenándome de felicidad, orgullo y valor. A mi abuelo Dolores y a su esposa Paula, de quienes he aprendido la importancia de la disciplina y la paciencia. A mis hermanos Jazzmind y Yunuén, cuya solidaridad fraternal me hace llevarlos siempre conmigo. A Aliber, porque su amor ha motivado mi creatividad y fortalecido mi corazón. Y a todos aquellos amigos que me han acompañado en las travesías de la vida.

EL PAPEL DEL DISCURSO POLÍTICO EN LA FORMACIÓN DE IDENTIDADES

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
CAPITULO I. LA IDENTIDAD.....	6
1.1 Bases Constitutivas.....	8
1.1.1 Identificación.....	8
1.1.2 El lenguaje y la producción de sentido.....	11
1.1.3 Identidad y Diferencia.....	18
1.2. La Identidad colectiva.....	21
1.2.1 Sus Bases Constitutivas.....	24
1.2.1.1 La memoria colectiva y las representaciones sociales.....	24
1.2.1.2 Determinación e instancias de socialización.....	29
1.2.1.3 Ideología: Poder y dominación.....	34
CAPITULO II. EL DISCURSO.....	39
2.1 Función Político-Social.....	41
2.2 El Discurso Político y sus matrices formales.....	46
2.2.1.1 Discurso Mítico.....	47
2.2.1.2 Discurso Religioso.....	50
2.2.1.3 Discurso Político-ideológico.....	52
2.2.1.3.1 Funciones estratégicas.....	61
CAPITULO III. IDENTIDADES Y DISCURSO POLÍTICO EN EL ESENARIO ACTUAL.....	65
3.1 Antecedentes. Las identidades amplias y los discursos políticos homogeneizantes	66
3.2 Las identidades y el actual discurso democrático.....	70
3.2.1 Las identidades en el contexto del nuevo siglo.....	71
3.2.2 La propuesta del discurso democrático.....	89
CONCLUSIONES.....	97
BIBLIOGRAFÍA.....	101

INTRODUCCIÓN

El origen del presente estudio tuvo como motivo una duda sobre la cuestión de la originalidad en el ser humano, es decir, hasta dónde nuestra singularidad puede ser posible; lo cual se tradujo en divagaciones sobre las marcas que va dejando el exterior sobre uno mismo, esto llevó hacia un análisis más formal sobre los impactos culturales más definitivos que recibe el individuo, particularmente lo relativo a la comprensión y producción de la relación lenguaje/realidad. Así, una vez teniendo estos dos elementos, se planteó específicamente la relación entre discurso e identidad.

La identidad –como se verá más adelante- entendida como *lógica de posicionamiento* que se adecua a las circunstancias y el discurso como una *herramienta de interpelación* que seduce, sujeta, conforma e influye.

Ahora bien, se planteo desde un inicio entender esta relación a partir de observar la cambiante composición de las identidades en el contexto actual (fines del siglo XX inicios del XXI), suponiendo que ésta tiene que ver con la doble relación existente entre la puesta en juego de la intencionalidad discursiva y la existencia de nuevas prácticas. Pues, la complejización de las interacciones sociales, económicas y políticas, lo que hace es multiplicar ideologías, las cuales se encargan de clasificar y ordenar al mundo, así en la medida en que en la sociedad existan más mixturas, será éstas más complejas y abigarradas.

Bajo este esquema, era necesario evidenciar que la política ya no se centra únicamente en organizaciones tradicionales formadoras de sentido – sindicatos, instituciones, etc.- sino en la medida en que aparece una multiplicidad de actores y prácticas, la política se apoya en un aparato discursivo capaz de rescatar la particularidad de las formas identitarias.

Por lo tanto, se pretende demostrar que la forma en la que pueden coexistir, competir y aliarse estos discursos con sus respectivas identidades, se vincula a la presencia de un sedimento cultural básico, concebido bajo la perspectiva

democrática, que pueda permitir condensar ciertos valores y prácticas para conseguir el desarrollo de una convivencia humana.

De forma general, el presente trabajo intenta conocer la forma en la que se estructuran las identidades a partir de la presencia del discurso político. Para de este modo indagar sobre la presencia de una discursividad que exista como patrimonio común de una sociedad compleja.

Para ello, el primer capítulo se propone retomar el estudio teórico que atañe a la explicación sobre la construcción de las bases identitarias y en este sentido, el estudio alude a dos vertientes, en primer lugar se retoma la explicación psicoanalítica porque es una herramienta analítica que permite evidenciar las determinaciones a las que está sujeta la conformación de la identidad, a partir de la mirada del Otro; en un segundo, se destaca la intermediación del lenguaje en el proceso de construcción de sentido y realidad.

El segundo capítulo analiza de modo más particular cómo opera la presencia intencionada de una cadena de significantes en la determinación de ciertos tipos de identidades, a partir de los recursos y elementos a los cuales apela cada uno de ellos, para ello se hace referencia a los tres matrices formales de discurso propuestos por Pierre Ansart –mítico, religioso y el ideológico político-, los cuales preparan el terreno para entender la performatividad de la incidencia que tiene el discurso político en dicha formación, pues se describe bajo coordenadas históricas concretas, cómo se ha dado la interacción entre discurso político e identidad. Lo anterior, tiene como objeto el demostrar cómo según las épocas una u otra pertenencia de los individuos es fomentada, hasta ocultar todas las demás y convertirse en una identidad entera.

Una vez explicadas las bases sociales, políticas y culturales insertas en el juego discursivo que sujeta a la identidad, es posible en el capítulo tercero introducir coordenadas históricas que permitan comparativamente entender cómo se ha transformado la idea misma de identidad, de esta manera se analiza el contenido simbólico que se le imprimió a la formación identitaria durante la modernidad, para contrastar los impactos que se han gestado en

torno a su composición a partir de nuevos procesos sociales marcados por dos acontecimientos, por un lado, la caída del muro de Berlín, pues a partir de este momento se desmoronan los referentes comunes y su poder homogeneizante de las identidades sociales, y por otro el auge de la globalización como una nueva etapa del capitalismo en la cual la noción tiempo-espacio se separa; esto nos permitirá observar cómo se complejizan las interacciones sociales y cómo se multiplican las ideologías. Es decir, se pretende explicar las nuevas características del contexto de finales del siglo XX y principios del XXI y explicar su incidencia en los cambios que ha presentado la formación identitaria.

Finalmente se intenta estudiar cómo se presenta el discurso político democrático en un contexto vivido por identidades híbridas, es decir cuáles son los recursos y elementos a los que hace alusión para legitimar su apego por parte de identidades caracterizadas por lo efímero, la fragmentación, la ambivalencia, etc.

CAPITULO I. LA IDENTIDAD

La identidad es un concepto relacionado con una de las demandas primordiales de la subjetividad, relativa a la definición sobre ¿quién soy yo?, su respuesta implica el establecimiento de rasgos de identificación consistentes en una verdad o esencia que represente totalmente al individuo.

Tal situación ha conducido por un lado, a aseverar erróneamente que los individuos son *atemporales, inmutables y definitivos*, es decir, creer que no están sujetos a discusión, negociación, deliberación o autocrítica; prueba de ello es la presencia de prejuicios y estigmas, y por otro lado, a establecer postulados de aceptación a lo común o de rechazo a la diferencia, este razonamiento binario, ha dado lugar a severos conflictos político-sociales de tipo extremo como es el caso de las guerras.

Bajo este contenido, el término *identidad* puede ser entendido como *lógica de posicionamiento*, cuya función es la de clasificar, ordenar y simplificar el mundo para que los individuos puedan orientarse en él, de tal manera, que les permite evitar cualquier amenaza a su estructura subjetiva, pues al buscar definiciones claras y precisas sobre sí mismo y los demás sujetos que los rodean, les es posible representar un horizonte de sentido a partir del cual ubicar al otro en ciertas coordenadas. Esta facultad dota al individuo de cierto rango de certeza y tranquilidad, que se genera una vez que el individuo constata que forma parte de un grupo social con el que comparte un espacio y un tiempo enmarcado en coordenadas de sentido, a través de las cuales puede establecer vínculos de semejanza a ellos. El caso de una identidad nacional resulta ser muy ilustrativo al respecto, puesto que el individuo la construye a partir de las coordenadas de sentido que le brinda: 1) la transmisión/adquisición sobre una noción pertenencia a determinado entramado social, dada por el conocimiento acerca de su historia, su ámbito espacial, su lenguaje, usos, costumbres, tradiciones, valores, etc., y 2) por la ubicación del individuo, dentro de una secuencia temporal para así entender el lugar que ocupa en el presente.

Así definida, el término identidad denota un concepto relativamente preciso, pues alude a un rasgo que destaca las afinidades y equivalencias entre los individuos. Sin embargo, es necesario señalar que la identidad también se concibe como una esencia que destaca la unicidad del individuo, es decir como aquello que hace que el individuo no sea idéntico a ninguna persona, pues representa un conjunto de pertenencias que le son dadas por otros o elige por sí mismo. De tal manera que, la identidad como un universo propio implica un nombre, rasgos genotípicos y fenotípicos específicos de la persona, una personalidad cargada de gustos, deseos, apegos, desapegos, filias, fobias, una historia de vida irrepetible, etc.

En este sentido, la identidad se encuentra cargada, como concepto, de una conflictividad en sí misma dada su ambivalencia, pues si bien, para Voltaire no significaba más que la “misma cosa”, y podría traducirse del francés “*memeté*” como mismidad; en términos más amplios, también, la identidad ha sido definida como “la manera en que un determinado individuo adquiere una fisonomía particular a través de su identificación con otro u otros sujetos. A su vez, tal identificación es concebida como el “proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste, (de tal manera que) la personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones”¹.

Así, entendida, la identidad además de tratar de responder ¿Quién soy yo?, se pregunta sobre ¿Qué quiero ser? y ¿Qué me falta para cerrar esa distancia?

En el siguiente apartado se analizará cuál es el origen de la identidad y la manera en que ésta se potencializa.

¹ Gutiérrez L. Roberto. *Identidades políticas y democracia*. 2001. p.15

1.1 Bases Constitutivas

1.1.1 Identificación

Resulta trascendente retomar los aportes del psicoanálisis, dada la proximidad con el tema de la identidad, puesto que desde sus estatutos de constitución se interesó por el tema de la subjetividad a través de una teoría del sujeto². Para el psicoanálisis, la identidad no es otra cosa que la manera en que determinado individuo adquiere una fisonomía particular a través de su identificación con otro u otros sujetos. A su vez, tal identificación es concebida como “el proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, un propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste (de tal manera que) la personalidad se construye y se diferencia mediante una serie de identificaciones”³.

Así, Freud permite comprender cómo aparece la Identificación, entendida como un proceso por el cual un individuo se vuelve semejante a otro, en su totalidad o en parte⁴ y cómo dicha identificación remite a aquello que el sujeto “*quisiera ser*”, es decir, a los deseos de un sujeto escindido que busca colmar sus faltas. Por lo tanto, el psicoanálisis se convierte en una herramienta analítica que permite observar las determinaciones que tiene la identidad desde su constitución.

Para Freud, la identificación tiene que ver con un proceso caracterizado como la *manifestación más temprana de un enlace afectivo a otra persona*, lo cual implica las vicisitudes de la elección de objeto y el lugar que los ideales ocupan en esta elección⁵.

Antes de analizar esta afirmación conviene hacer un paréntesis para aclarar que en el psicoanálisis, la primera experiencia de satisfacción se origina en un

² Es decir, al comprender la significación de la palabra a través de la escucha primordial del inconsciente, Freud nos informa de los procesos que intervienen en la construcción de la subjetividad, y que él conceptualizó centralmente en las teorías de la identificación.

³ Laplanche, J y Pontalis. *Diccionario de psicoanálisis*, 1983. p. 183

⁴ Chemama, Roland coord. *Diccionario de Psicoanálisis*, 1998. p. 215

⁵ Fernández Rivas Lidia. “Subjetividad y Psicoanálisis: La presencia del Otro en la constitución subjetiva”, en *Caleidoscopio de subjetividades*. Isabel Jáidar, 1999. p.56

hecho biológico pero se convierte de inmediato en una demanda de amor, cuidados y presencia; la necesidad se convierte en deseo. Es por ello que esta corriente, alude a deseos y demandas, y no necesidades, pues considera que no existe nada de natural en el deseo⁶ humano, es decir, nada responde exclusivamente a lo biológico, porque el sujeto, como se verá más adelante, es producto de la cultura.

Ahora bien, el reconocimiento inaugural como sujeto, implica un proceso, en el cual la mirada del otro es fundamental para que se constituya la subjetividad del individuo, es decir, para que un bebé se convierta en sujeto –deseante- es necesaria la mirada de reconocimiento dada por la familia.

La madre, es el primer objeto de demanda de amor con el que el bebé traba relación desde su nacimiento, pues establece con el infante una relación que por la inmadurez psíquica y biológica del mismo pasa a ser de necesidad absoluta, de vida o muerte; por consiguiente ella es el afecto central en la constitución de un sujeto –deseante-. Estas identificaciones primarias y la anticipación que ejerce la madre con su discurso y cuidados tendrán un efecto posterior en los vínculos sociales que el niño establezca con la cultura y los discursos de sus instituciones, como se verá más adelante.

La madre es el objeto original e imprescindible para su crecimiento, y dicha dependencia, en un primer momento puede ser catalogada como la simbiosis del *madrhijo*, sin embargo, paralelamente, es el objeto del que el niño tiene que separarse para poder acceder a su propia subjetividad y diferenciarse. En este proceso juega un rol central la figura del padre, pues se convierte en el representante de la cultura⁷, y quien, por medio del lenguaje inserta un orden

⁶ Deseo puede ser definido como aquello que resta una vez que la necesidad ha sido satisfecha, es el plus presente en la satisfacción de una necesidad. Es aquel sentimiento de falta, provocado por la existencia de un margen que distancia al sujeto del objeto.

⁷ Cultura es entendida como un medio humano que consiste en una multitud de prescripciones, así como prohibiciones específicas. La cultura es un fenómeno enteramente simbólico pues implica un conjunto de representaciones, organizadas por un código de relaciones y valores; tradiciones, religión, leyes, política, ética, artes, todo aquello que, nazca donde nazca, impregnará al hombre en su conciencia más honda, y que dirigirá su comportamiento en todas las formas de su actividad. Cfr. Benveniste, Emile. *Problemas de Lingüística general*, 1982. p. 31 y 32.

anterior y exterior al sujeto; el padre viene a separar esta díada -para el psicoanálisis esto implica la instauración de una primera prohibición: la del incesto con la madre-, lo cual permite el acceso del niño al mundo simbólico. Y con ello, la ley del padre intervendrá en la introducción y consolidación de este orden fundante del sujeto. Este duelo por la madre es indispensable para la incorporación del sujeto a su medio social y para la apropiación y consolidación de un sujeto autónomo. El corte que instaura el padre con la primera prohibición, posibilita el establecimiento *a posteriori* de la diferenciación de lugares, jerarquías, etc., y el rompimiento de la ilusión de poder y de unidad absoluta, pues introduce al sujeto en un tiempo histórico generacional indispensable para la vida en sociedad⁸.

El dificultoso arribo a una subjetividad –deseante-, supone precisamente acceder a una relación más autónoma u original con las estructuras existentes de lo social, sin que éstas determinen o agoten las acciones, decires o sentimientos del sujeto.

Es decir, la lucha por la individuación consiste en profundizar esas diferencias entre el yo y el otro, entre el digo y el dice, entre el pienso y piensan, sin abandonar la posibilidad de ubicarnos en el tiempo y los deseos del otro. Esta diferencia (cuando existe) muestra la presencia de un sujeto deseante⁹ en un contexto regido por un orden que es asimilado, pues es el único instrumento a partir del cual establece su convivencia con otros.

Lo anterior permite entender a la identidad como ambivalente, o bien, como un estado ambiguo, dada la imposibilidad de definirla de una vez y para siempre, de ahí que para generar una proximidad en torno a señalar la identidad de alguien, es necesario recurrir al análisis de sus múltiples pertenencias, así como tratar de entender retrospectivamente cómo se ha estructurado su subjetividad, y finalmente, observar cómo muestra caras diferentes según el contexto en el cual emergen sus particularidades.

⁸ Fernández Rivas Lidia. *Op.cit.*, 1999. p 56

⁹Ibdem. p. 57

1.1.2 El lenguaje y la producción de sentido

En este segundo apartado se amplía sobre otro elemento que juega un papel primordial en la constitución de la identidad: el lenguaje. Pues, si bien se dijo anteriormente, que el sujeto es el efecto resultante de la tensión paradójica entre el individuo y la cultura, en donde la diferenciación y la subjetividad son dos procesos que corren en paralelo, aquí se ahonda en la labor del lenguaje como un medio a través del cual se inserta la cultura y se constituye al sujeto: designándolo, otorgándole un nombre, insertándole la ley, etc.

La presencia del lenguaje puede explicarse a partir de que es posible objetivar¹⁰ las expresiones humanas, es decir, manifestarlas en productos de la actividad humana que estén al alcance tanto de sus productores como de los otros individuos. De esta manera, el lenguaje conforma el elemento más importante del llamado conocimiento social -aquello que la gente “conoce” como “realidad” en su vida cotidiana-, pues se convierte en el sustrato de una red de conocimientos que orientan la conducta en la vida cotidiana, la cual se define como “... una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo coherente”¹¹, es tal su importancia que no se podría concebir una sociedad sin este tipo de conocimiento cuyo cúmulo de significados dotan de identidad al grupo social.

El mundo de la vida cotidiana es aquel que se da por establecido como realidad, el sentido común que lo constituye se presenta como la “realidad por excelencia”, ya que logra imponerse sobre la conciencia de los individuos, en tanto que se presenta como una realidad ordenada y objetivada. La realidad de la vida cotidiana es una construcción intersubjetiva, un mundo compartido, lo que presupone procesos de comunicación mediante los cuales se comparte con los otros y se experimenta a los otros. Es una realidad que se expresa como mundo dado, naturalizado, un mundo que es “común a muchos hombres”¹².

¹⁰ Se entiende por objetivación, aquello que es capaz de existir fuera del sujeto que lo conoce.

¹¹ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *La Construcción Social de la Realidad*, 1998. p.31

¹² Ibidem. p. 39

El lenguaje, a través de las objetivaciones que produce, sirve en este proceso como índice más o menos duradero de los procesos subjetivos de quienes los producen, lo que permite que su disponibilidad de existencia se extienda más allá de la interacción “cara a cara” en la que pueden aprehenderse directamente. Es decir, se aprende al otro, los sucesos, acontecimientos y objetos por medio de esquemas tipificados, que se vuelven progresivamente anónimos, pues circulan independientemente de los hombres y las situaciones que los crearon. De esta forma, el conocimiento social, o bien la “realidad dada”, hace posible la existencia y reproducción de la vida cotidiana.

Un caso especial de objetivación es la significación, o sea la producción humana de signos. Un signo puede distinguirse por su intención explícita de servir como indicio para entender los significados subjetivos que emanan de los otros sujetos, y esto es posible en la medida que el contenido de su significado es “reconocido” de forma compartida por un grupo social¹³.

Para este trabajo, la trascendencia del lenguaje es dada por ser éste un sistema de clasificación por excelencia y el intermediario más eficaz de las relaciones interhumanas, pues es a través de su estructura simbólica, cómo se organiza el pensamiento y se comunica a través de sonidos. Es decir, “...el lenguaje posee una cualidad inherente de reciprocidad. La continua producción de signos vocales en la conversación puede sincronizarse sensiblemente con las continuas intenciones subjetivas de los que conversan. Así, hablo en la medida que pienso, lo mismo que mi interlocutor en la conversación. Cada uno oye lo que dice el otro virtualmente en el mismo momento en que lo dice, y esto posibilita el acceso continuo, sincronizado y recíproco a nuestras dos subjetividades en la cercanía intersubjetiva de la interacción “cara a cara”... Más aún, me oigo a *mí mismo* a medida que hablo: mis propios significados subjetivos se me hacen accesibles objetiva y continuamente, e *ipso facto* se vuelven “más reales” para mí. Por lo que cabe decir que el lenguaje hace “más real” mi subjetividad no solo para mi interlocutor, sino para mí mismo. Esta capacidad que tiene el lenguaje de

¹³ Ibidem. p.p 52-55.

cristalizar y estabilizar para mí mi propia subjetividad persiste (aunque modificada), cuando el lenguaje se separa de la interacción “cara a cara”. Es una de sus características más importantes y está muy bien captada en la frase que dice que los hombres necesitan hablar de sí mismos para que lleguen a conocerse a sí mismos”¹⁴.

En este sentido, el lenguaje no es sólo un sistema de signos que describen el mundo, sino, también es la base de entendimiento a partir de la cual los individuos actúan e interactúan en el mundo social y es posible porque el lenguaje encarna la forma más alta de una facultad que es inherente a la especie humana, la facultad de simbolizar, que implica *representar* lo real por un “signo” y de comprender el “signo” como representación de lo real; así, establecer una relación de *significación* entre una cosa y algo otro¹⁵. Entendido así, el lenguaje tiene un *poder creativo*, es decir, construye y reproduce el sentido, en la medida en que éste tiene como función la de reproducir realidad, se convierte en el instrumento mismo de la comunicación intersubjetiva, es decir, de acuerdo con Emile Benveniste, la realidad es producida de nuevo por mediación del lenguaje:

El que habla hace renacer por su discurso el acontecimiento y su experiencia del acontecimiento, a partir de su “evocación”. El que oye capta primero el discurso y a través de éste discurso el acontecimiento es reproducido. Así la situación inherente al ejercicio del lenguaje, que es la de intercambio y del diálogo, confiere al acto del discurso una doble función: para el locutor, representa realidad; para el oyente, recrea esta realidad¹⁶.

En términos más sociales, el poder creativo del lenguaje puede entenderse a partir de la posibilidad de trascender el “aquí y ahora”, pues es capaz de tender puentes entre diferentes zonas dentro de la realidad de la vida cotidiana y e integraras en un todo significativo. Las trascendencias tienen dimensiones especiales, temporales y sociales, es decir, es por la intermediación del

¹⁴Ibdem. p.56

¹⁵ Benveniste, Emile *Problemas de Lingüística general*. México 1982, p. 27

¹⁶Ibdem. p. 26

lenguaje como se puede trascender el espacio que separa la zona manipuladora de la del otro; se puede sincronizar la secuencia de un tiempo biográfico con otras, y dialogar con individuos y colectividades con los que de momento no se está en una interacción “cara a cara”¹⁷.

Como resultado de estas trascendencias, el lenguaje es capaz de hacer presentes una diversidad de elementos que se encuentran ausentes, así como hacer que una cantidad de experiencias y significados puedan llegar a objetivarse en el presente. Dicho más sencillamente, en cualquier momento puede reconstruirse un mundo a través del lenguaje. Esta facultad hace que el lenguaje haga presentes no sólo a los semejantes que están físicamente ausentes en este momento, sino también a los del pasado recordado o reconstruido, como también a otros proyectados hacia el futuro como figuras imaginarias.

Por otro lado, el lenguaje es capaz de trascender por completo la realidad de la vida cotidiana. Puede referirse a experiencias que corresponden a zonas limitadas de significado y abarcar otras zonas aisladas de la realidad. Por ejemplo, puedo interpretar “el significado” de un sueño integrándolo lingüísticamente dentro del orden de la vida cotidiana. Así, cualquier tema significativo que de esta manera cruce de una esfera de la realidad a otra puede definirse como un *símbolo*, y el modo lingüístico por el cual se alcanza esta trascendencia puede denominarse *lenguaje simbólico*. La forma más sencilla de poder representar esta cualidad es ver al lenguaje como una *metáfora* en sí mismo¹⁸. De esta manera, el lenguaje es capaz de construir enormes edificios de representación simbólica que parecen dominar la realidad de la vida cotidiana como gigantescas presencias de otro mundo, tal

¹⁷ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *Op.cit.* 1998. p. 58

¹⁸ La metáfora es una figura retórica que consiste en trasladar el sentido recto de las voces en otro figurado, en virtud de una comparación tácita. De hecho Emile Benveniste, señala que el lenguaje ofrece una estructura relacional, en el sentido más literal y comprensivo al mismo tiempo. Relaciona en el discurso palabras, conceptos, y produce así, en representación de objetos y situaciones, *signos*, distintos de sus referentes materiales. Instituye esas transferencias analógicas de denominaciones que llamados metáforas, un factor tan poderoso del enriquecimiento conceptual. Encadena las proposiciones en el razonamiento y se convierte en útil del pensamiento discursivo. Cfr. Benveniste, Emile. *Op.cit.* p. 30

es el caso de la religión, la filosofía, el arte, etc. Sin embargo, el lenguaje no sólo puede construir símbolos sumamente abstraídos de la experiencia cotidiana, sino también de “recuperar” estos símbolos y presentarlos como elementos objetivamente reales en la vida cotidiana. De esta manera, el simbolismo y el lenguaje simbólico llegan a ser constituyentes esenciales de la realidad de la vida cotidiana y de la aprehensión que tiene de esta realidad el sentido común¹⁹.

El contenido por transmitir (o si se quiere el pensamiento) es descompuesto según el esquema lingüístico. La forma del pensamiento es configurada por la estructura de la lengua, la cual revela en el sistema de sus categorías su función mediadora. Cada locutor no puede ponerse como sujeto sino implicando al otro, a su pareja, que, dotado de la misma lengua, comparte el común repertorio de formas, la misma sintaxis de enunciación y la misma manera de organizar el contenido. A partir de la función lingüística, y en virtud de la polaridad *yo:tú*, individuo y sociedad no son ya términos contradictorios sino complementarios²⁰, es decir, se determinan mutuamente, de ahí la importancia de destacar que es desde el propio momento de la comunicación, donde el sujeto se produce o reproduce la realidad –vía el lenguaje- en consideración a un Otro.

La adquisición del lenguaje es una experiencia que va a la par en el niño con la formación del símbolo y la construcción del objeto, pues es un proceso a partir del cual adquiere la facultad de nombrar, lo cual implica el poder llamar a las cosas por su nombre y por lo tanto disponer de ellas; descubre que él mismo tiene un nombre y que a merced de él se comunica con sus alrededores. Así despierta en él la conciencia del medio social en que está inmerso y que conformará su espíritu por mediación del lenguaje. Por lo tanto, en la medida en que el individuo incrementa paulatinamente su capacidad de realizar operaciones intelectuales más complejas, es como se irá integrando a la cultura que lo circunda.

¹⁹ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *Op.cit.* 1998. p 59

²⁰Ibidem. p.26

Lo anterior implica que la realidad es aprendida como una realidad ordenada, en la cual los fenómenos se presentan dispuestos de antemano en pautas que son independientes al sujeto y por tanto impositivas. La realidad de la vida cotidiana se presenta ya objetivada, o sea, construida por un orden de objetos que han sido designados como objetos antes de que el sujeto apareciera en escena²¹. El lenguaje usado en la vida cotidiana proporciona continuamente las objetivaciones indispensables y dispone el orden dentro del cual éstas adquieren sentido y dentro del cual la vida tiene significado, de tal manera que el sujeto utiliza como herramientas los nombres insertos en el vocabulario técnico de la sociedad en que vive. Así el lenguaje marca las coordenadas de la vida en sociedad y llena esa vida de objetos significativos²², de los cuales requiere la experiencia de un sujeto para poder desenvolverse.

Por ejemplo, de acuerdo con E. Benveniste “es en y por el lenguaje como el hombre se constituye en sujeto”, pues para él la noción de persona se fundamenta lingüísticamente por medio de la descripción de los pronombres personales y del establecimiento de la relación personal en los verbos en las lenguas indoeuropeas. Señala que al analizar la primera y segunda voz de los verbos y de los pronombres personales se observa cómo el lenguaje determina la subjetividad por el estatuto lingüístico de persona.

Por otro lado, el lenguaje también tipifica²³ en forma de modelos las experiencias, que permiten ser incluidas en categorías más amplias para un individuo y sus semejantes. A la vez que las tipifica, también las vuelve anónimas, porque por principio la experiencia tipificada puede ser repetida

²¹ Cabe hacer un paréntesis para señalar la diferencia que implica *lo real* para evitar confusiones. Lo real alude simplemente a la materialidad del mundo, se caracteriza por ser un continuo, sin orden ni significado.

²² Ibidem. p.39

²³ La realidad de la vida cotidiana contiene esquemas o modelos tipificados en cuyos términos los participantes de una relación son aprendidos y “tratados” en encuentros “cara a cara” de manera recíproca. Es decir, en una relación entre dos personas (A y B), los dos esquemas de tipificaciones se ponen en juego, entran a una negociación continua, debido a que las tipificaciones de A son tan susceptibles a la interferencia de B, como lo son las de B a las de A. Sin embargo, aún cuando puedan existir transformaciones en la interacción siempre se tratará de llevar a ésta a una situación típica. De tal manera que en la vida cotidiana la mayoría de las veces los encuentros con los otros son típicos en un sentido doble: yo aprehendo al otro como tipo y ambos interactuamos en una situación que de por sí es típica. Cfr. Ibidem. p.49

por cualquiera que entre dentro de la categoría en juego. De esta manera el lenguaje obliga a adaptarse a ciertas pautas de comportamiento socialmente normados. Así el lenguaje se presenta ante el sujeto como un hecho externo, cuyos efectos sobre él son coercitivos.

A pesar de que el lenguaje sea un sistema de signos socialmente constituido, que preexiste al sujeto porque le es impuesto como un conjunto de formas de comportamiento social, también es una herramienta de expresión individual mediante la cuál puede expresar su deseo y su resistencia a la imposición social. Por lo tanto, es por medio del lenguaje, estructurado en el discurso del sujeto, donde éste expresa materialmente el proceso de conformación del “yo” como resultante del conflicto entre el deseo y la represión, entre el individuo y la cultura²⁴.

El lenguaje constituye campos semánticos o zonas de significado lingüísticamente circunscritos. El vocabulario, la gramática y la sintaxis se acoplan a la organización de esos campos semánticos. Así pues el lenguaje elabora esquemas clasificadores para diferenciar los objetos según su género o su número; formas de acción, opuestas a formas de ser; modos para indicar grados de intimidad social, etc.

En este sentido, en términos identitarios el lenguaje adquiere relevancia si se considera a éste como el lado subjetivo de la cultura por que desempeña una función distintiva, lo cual implica que por intermediaciones de éste, la identidad sea atribuida, en primera instancia a una unidad distinguible.

Cabe señalar que existe una diferencia capital entre la distinguibilidad de una cosa y una persona, la primera puede ser distinguida, definida, categorizada y nombrada a partir de rasgos objetivos observables desde el punto de vista de un observador externo, que es el de la tercera persona; en cambio, las personas tienen la posibilidad de distinguirse de los demás, también porque tienen que ser *reconocidas por los demás* en contextos de interacción y de

²⁴ De la Peza C. Ma. Del Carmen. “Algunas consideraciones sobre el problema del sujeto y el lenguaje”, en Jáidar, Isabel. *Op.cit.* 1999. p.102

comunicación, lo cual requiere una “intersubjetividad lingüística” que moviliza tanto la primera persona (el hablante) como la segunda (el interpelado, el interlocutor)²⁵.

Dicho de otro modo, las personas no sólo están investidas de una identidad numérica, como las cosas, sino también de una identidad cualitativa que se forma, se mantiene y se manifiesta en y por los procesos de interacción y comunicación social en los que se pone en juego una definición, relativa y a la vez recíproca, de la identidad de los interlocutores, pues ambos, quieren ser y saberse alguien para el otro, pues es en este proceso donde se forja una representación de lo que el otro es en sí mismo y para nosotros. Así, no basta que las personas se perciban como distintas bajo algún aspecto; también tienen que ser percibidas y reconocidas como tales de forma expresa a través del lenguaje. Por lo tanto, toda identidad requiere de un reconocimiento social para que exista social y públicamente.

1.1.3 Identidad y Diferencia

La identidad de las personas implica una distinguibilidad cualitativa (y no sólo numérica), que alude a la presencia de elementos, marcas, rasgos distintivos que definen su especificidad, ésta se revela, se afirma y se reconoce en los contextos pertinentes de interacción, en los que media la comunicación social. Ahora bien, siguiendo a Gilberto Jiménez, se señalan los elementos que evidencian el perfil de la identidad:

1. La pertenencia a una pluralidad de colectivos (categorías, grupos, redes y grandes colectividades);

Una pertenencia remite a considerar la inclusión de un individuo en una colectividad hacia la cual experimenta un sentimiento de lealtad, dicha inclusión se realiza generalmente mediante la exaltación de algún rol dentro de la colectividad considerada, pero sobre todo, el hablar de pertenencia social remite a que los individuos se apropian e interiorizan al menos parcialmente el complejo simbólico-cultural que actúa como emblema de la colectividad en

²⁵ Cfr. Habermas, J. *Teoría de la acción comunicativa*. 1987. p. 1987.

cuestión²⁶, por ejemplo, el asumir el rol de simple fiel en la iglesia cristiana y aprender el credo y los símbolos centrales a los cuales se rinde pleitesía. Así, el estatus de pertenencia tiene que ver fundamentalmente con la dimensión simbólico-cultural de las relaciones e interacciones sociales.

Ahora bien, un individuo puede pertenecer sólo a los **grupos** –un conjunto de individuos en interacción según reglas establecidas; por ejemplo, vecindario, asociación deportiva, etc.- y a las **colectividades** –conjuntos de individuos que, aún en ausencia de toda interacción y contacto próximo, experimentan un sentimiento de solidaridad, porque comparten ciertos valores y porque un sentimiento de obligación moral los impulsa a responder como es debido a las expectativas ligadas a ciertos roles sociales, por ejemplo la pertenencia a la nación o a una Iglesia-, definidas de acuerdo con Merton. Pero en un sentido más amplio también se puede pertenecer a determinadas **redes** sociales (network) entendidas como relaciones de interacción coyunturalmente actualizadas por los individuos que las constituyen, entre los cuales no es necesaria la contigüidad espacial y a determinadas **categorías sociales**, las cuales aluden a el sexo, la edad, estado civil, etc., cuyos detentores no se encuentran en interacción social, por lo tanto no comparten un cuerpo común de normas y valores²⁷.

Lo anterior permite puntualizar dos cuestiones, la primera implica el rescatar la tesis de que la pertenencia social a un grupo o a una comunidad implica compartir un complejo simbólico-cultural que funciona como emblema de los mismos, y es internalizado de forma idiosincrásica por los individuos; y la segunda señala que la pluralidad de pertenencias lejos de eclipsar la identidad personal, se convierte en el punto de apoyo a partir del cual se despliega la definición y constitución de la persona²⁸.

²⁶ Giménez, Gilberto. "Una teoría de las identidades sociales", en Valenzuela, José (Coord.). *Decadencia y Auge de las identidades*, 2000. p. 52

²⁷ Ibidem. p. 53

²⁸ Ambas cuestiones, como se verá más adelante, permiten hablar en términos generales, de la existencia de un *imaginario*, el cual consigue conformar sistemas de representación a través de los cuales, tanto el individuo como el grupo, se autodesignan y fijan simbólicamente sus normas y sus valores.

2. La presencia de un conjunto de atributos idiosincrásicos o relacionales;

Este factor de distinguibilidad alude a lo relativo a la imagen del propio cuerpo, es decir, disposiciones, hábitos, tendencias, actitudes o capacidades, algunos de estos elementos han sido considerados como rasgos de la personalidad (inteligente, perseverante, imaginativo, etc.), otros aluden a características de socialidad (tolerante, amable, comprensivo, etc.). Sin embargo, todos los atributos son materia social, incluso aquellos que remiten a caracteres biológicos.

Muchos atributos derivan de las pertenencias categoriales o sociales de los individuos, por lo cual tienden a ser *estereotipos* ligados a prejuicios sociales con respecto a ciertas categorías o grupos sociales²⁹.

Cuando el estereotipo es despreciativo, denigrante o discriminatorio, se convierte en un *estigma*, es decir, una forma de categorización social que fija atributos profundamente desacreditadores³⁰.

3. Una narrativa biográfica que recoge la historia de vida y la trayectoria social de la persona considerada.

Para su despliegue tiene como requerimientos mínimos el intercambio interpersonal y el establecimiento de relaciones basadas en la confianza para que en la intimidad se pueda producir una “autorrevelación” recíproca (entre conocidos, camaradas, amigos o amantes). Esta narrativa de vida reconfigura actos, experiencias y trayectorias personales del pasado para conferirle un sentido.

En el proceso de intercambio interpersonal, la contraparte puede reconocer y apreciar en diferentes grados la narrativa personal, pero puede incluso reinterpretarla y hasta rechazarla y condenarla³¹.

Es pertinente enfatizar sobre la función formativa del discurso del Otro en la formación de la identidad personal, puesto que la mirada del Otro se convierte

²⁹ En México, por ejemplo para amplios sectores, las mujeres son percibidas como sumisas, abnegadas y dóciles.

³⁰ Para ampliar al respecto, ver en Goffman. I. Estigma. La identidad deteriorada, p. 17 - 69.

³¹ Giménez, Gilberto. *Op.cit.* 2000. p. 57

en una etiqueta decisiva para poder reconocerse a uno mismo, pues siempre es el Otro quien nos nombra y con ello nos clasifica, es decir, la importancia de la mirada del Otro es tan decisiva, que de acuerdo con García Márquez: “es imposible no terminar siendo como los otros creen que uno es”³².

1.2. La Identidad colectiva

Si bien anteriormente se señaló cómo se conforma la identidad en su forma individual, ahora es importante desarrollar cómo se ha entendido la conformación de la identidad en términos más amplios, es decir colectivos. Aunque, cabe apuntar que con excepción de las cuestiones meramente psicológicas o de personalidad atribuibles al individuo, los elementos centrales de la identidad –como la capacidad de distinguirse y de ser distinguido de otros grupos, de definir los propios límites, de generar símbolos específicos y distintivos, de configurar y reconfigurar el pasado compartido del grupo (paralelo a la historia biográfica de la identidad individual) e incluso reconocer caracteres propios- también pueden ser referentes atribuibles al grupo o colectividad.

La identidad como ya se apuntó, “es el proceso de construcción -y transmisión- de sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, al que se da prioridad sobre el resto de fuentes de sentido”³³. Por lo tanto, la identidad es una concepción ontológica que implica un proceso de reflexión dialéctica entre el individuo y la sociedad. Así, para estudiarla como eje aglutinador de individuos, es necesario tener presente lo siguiente:

El hombre por naturaleza es un animal gregario; quizá uno de los más importantes aspectos que define al ser humano es su capacidad para identificarse con el grupo o sistema de creencias -a veces, por ejemplo, llega a ser hasta el punto de sentir indiferencia por los dictados de la razón, por su propio instinto de supervivencia-un claro ejemplo son los seguidores de los fundamentalismos ortodoxos, como se verá más adelante-.

³² García Márquez Gabriel. *Memoria de mis putas tristes*. 2004. p. 93

³³ Castells, Manuel. *La era de la información*. 1998. p. 28

La conformación de una identidad colectiva, alude a la presencia de *sentimientos de pertenencia*³⁴. Así la idea de pertenencia (*somos grupo*), genera la percepción grupal como unidad. Las identidades grupales cubren no sólo una necesidad auto-explicativa, sino que garantizan su continuidad, vinculan ideología con acciones. Los individuos se sienten en general más seguros en grupo con el cual “perciben” que comparten similitudes.

Y esto se explica porque la noción del *el pertenecer*, aflora la cualidad identitaria como lógica de posicionamiento puesto que permite identificar, es decir delimitar y clasificar a partir de aquellos contenidos que den a la colectividad un mínimo de homogeneidad, por lo tanto implica la elaboración de las nociones del “Ellos” y “Nosotros”. Es decir, “el individuo es un ente contextualizado, cuya identidad se define por la pertenencia a una comunidad frente a otra “diferente”. La importancia de la identidad, la genera el individuo al activar un punto de comunión, una unidad frente a “otros”, necesarios para definir su concepción de sí mismo, pues para saber quién es, requiere la referencia del *alter*”³⁵. O bien, la identificación con un nosotros que casi siempre es un no-a-otros, y que por lo regular se transforman en sentimientos de negación o rechazo a todos aquellos que no pertenecen o coinciden con los estatutos del grupo. Por paradójico que resulte, otra más de las singularidades del individuo, es dada a través de una pertenencia colectiva, o mejor dicho, mediante una serie de pertenencias: familiar, racial, ciudadana, sexual, gremial. Ahora bien, si estas identidades son por un lado, las que constituyen la base de nuestro pluralismo interior, son también, por otro, las que nos permiten reconocer y respetar el pluralismo real del mundo en que vivimos. De hecho, casi siempre es nuestra pertenencia a alguno de estos colectivos lo que nos lleva a ser aceptados o rechazados, protegidos o discriminados³⁶. En este sentido, la identidad colectiva aflora su característica política, puesto que la *política* puede ser entendida como el conjunto de poderes y de fuerzas que los dirigentes ejercen o que se ejercen sobre ellos para controlar, gestionar,

³⁴ Rubert de Ventós Xavier. *De la identidad a la independencia: la nueva transición*. 1999. p.34

³⁵ González Mónica. *Las Muchas identidades*, 2004. p. 9

³⁶ Rubert de Ventós Xavier. *Op.cit.* 1999. p. 39

orientar el presente y el futuro de la colectividad en su globalidad. Esta definición remite a la cuestión de la identificación de los lugares de poder. Pero también se trata, en no menor medida, de identificar a las colectividades sobre las cuales se ejercen los poderes, a partir de sus rasgos homogéneos³⁷.

La conciencia grupal permite la definición del “yo”, y la diferenciación entre el “yo” y el “ellos”, ordena la interacción entre los grupos y las estrategias de seguridad, defensa y preservación. En este sentido cada identidad social tiene un ciclo³⁸:

- **Identificación:** el grupo establece un dogma o tema central, una figura y una causa -las opiniones minoritarias son aceptadas, sólo en la medida que sirven para reforzar la legitimidad de la colectividad-, mientras los miembros “verdaderos” se convierten en líderes. Se identifica también el *alter*. Es decir, acontece un proceso de identificación en la medida que se acepta la idealización de un referente externo el cual se encuentra investido de poder, porque es capaz de construir utopías que permitan generar adeptos en pro de su conquista.
- **Productividad:** al aumentar la cohesión, el grupo se fortalece y consolida sus objetivos e intereses. Se define la relación con los otros grupos (aislamiento, confrontación, etc.) y regularmente la interacción grupal está permitida siempre y cuando no amenace la identidad del grupo.
- **Individualización:** en pleno proceso de productividad grupal, los individuos empiezan a diferenciarse unos de otros sobre la base de sus aptitudes, acelerando la individualización y haciendo las relaciones al interior del grupo cada vez más selectivas, modificando a su vez las relaciones con otros grupos y activando solidaridades entre grupos a ciertos niveles.
- **Decadencia:** cuando los intereses del individuo desplazan a los del grupo al que pertenecen. Pueden presentarse esfuerzos para eliminar

³⁷ Grosser Alfred. Las identidades difíciles, 1999. p. 19

³⁸ González Mónica. *Op.cit.* 2004. p.12

estas expresiones contrarias, pero muchas veces el resultado es la polarización subgrupal. Un ejemplo claro son las identidades comunitaristas con deseos de emancipación, como es el caso de los Vascos.

1.2.1 Sus Bases Constitutivas

1.2.1.1 La memoria colectiva y las representaciones sociales

Ahora bien, la identidad puede ser también entendida como un conjunto de vivencias pasadas y de huellas que esas vivencias dejan en el cuerpo y en el espíritu, por lo tanto la identidad es recuerdo de la propia memoria, acumulación de una experiencia biográfica o histórica que se inserta en un acopio social de conocimiento que se actualiza en la vida cotidiana.

De ahí la trascendencia por entender cuál es el papel que juega la **memoria colectiva** en la formación de identidades sociales.

Su origen puede entenderse a partir de que la conciencia retiene solamente una pequeña parte de la totalidad de las experiencias humanas, misma que una vez retenida se sedimenta, o bien, quedan estereotipadas en el recuerdo como entidades reconocibles y memorables. Si esa sedimentación no se produjera, el individuo no podría hallar sentido a su biografía.

En un sentido más amplio, socialmente también se producen *sedimentaciones intersubjetivas* cuando varios individuos comparten una biografía común, cuyas experiencias se incorporan a un depósito común de conocimiento. La sedimentación intersubjetiva puede llamarse verdaderamente social sólo cuando se ha objetivado en cualquier sistema de signos, o sea, cuando surge la posibilidad de objetivaciones reiteradas de las experiencias compartidas y éstas son capaces de conformarse en la estructura simbólica de un cuerpo social. Solo entonces hay una probabilidad de que esas experiencias se transmitan de una generación a otra, y de una colectividad a otra. En este caso, el lenguaje, como ya se señaló, se convierte en la herramienta que permite objetivar las experiencias compartidas y hace accesibles a todos los que pertenecen a la misma comunidad lingüística, con lo que se convierte en

base e instrumento de acopio colectivo de conocimiento. Además, el lenguaje aporta los medios de objetivar nuevas experiencias, permitiendo que se incorporen al *acopio* de conocimiento ya existente, y es el medio más importante de transmisión de sedimentaciones objetivadas y objetivizadas en la tradición de la colectividad de que se trate³⁹.

En este proceso, el lenguaje adquiere relevancia porque al designar lingüísticamente una situación o evento, se abstrae las experiencias de ciertos incidentes biográficos de tipo individual, para convertirlas en una posibilidad objetiva al alcance de todos, o por lo menos de los comprendidos dentro de un cierto tipo; vale decir, que tal experiencia se vuelve anónima en principio, aún cuando siga asociada a las hazañas de individuos específicos.

Este acopio social abarca el conocimiento tácito de la situación que engloba al sujeto y sus límites, -esta situación ha sido denominada por Bourdieu como el *Habitus*⁴⁰, que es la interiorización subjetiva de la hegemonía, que de forma burda puede ejemplificarse como el saberse pobre y que por lo tanto no poder pretender vivir en un barrio elegante-. Este conocimiento es compartido, con aquellos que se encuentran en una situación similar. De esta manera, la participación en el cúmulo social de conocimiento permite la ubicación de los individuos en sociedad y el manejo apropiado de ellos. Así la utilidad de la memoria colectiva consiste en poder asegurar la continuidad de *esquemas tipificados de conducta*, así como por ende el *orden socialmente establecido*.

El contenido de la memoria colectiva depende de dos elementos, por un lado, el motivo pragmático que orilla a retener el contenido del conocimiento transmitido, es decir, el conocimiento de la vida cotidiana se estructura en términos de relevancias, algunas de las cuales se determinan por los intereses pragmáticos e inmediatos del sujeto, así como por su situación general dentro de la propia sociedad. Y por otro, la selección que los intermediarios o formadores efectuaron de los hechos pasados, de las deformaciones que,

³⁹ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *Op.cit.* 1998. p.p 92 y 93

⁴⁰ Para ahondar en este tema consultar en Bourdieu, Pierre. *Sociología y cultura*, 1990.

consciente o inconscientemente, hicieron en lo que transmitían, y que tienen consecuencias en la elección de ciertas pertenencias en el individuo.

Sin embargo, es preciso apuntar algunas cuestiones que resultan también importantes para entender la relación entre identidad colectiva y memoria, tales como:

- a) Por contradictorio que parezca, *los olvidos* en este proceso juegan un papel fundamental, puesto que le permiten a una identidad resaltar cierta parte de sus vivencias y no otra.
- b) Las *vivencias comunes* no determinan la formación de identidades homogéneas, por el contrario, la diversidad de identidades personales en el momento de experiencias similares conlleva a *diferencias en el recuerdo interiorizado* y en su utilización en la vida ulterior.
- c) La memoria colectiva desempeña un papel constante para la *identificación retrospectiva* de una colectividad⁴¹, pues la historia de la colectividad necesita ser resignificada constantemente para que el grupo mantenga vigente sus elementos simbólicos.

Por su parte las **representaciones sociales** son construcciones sociocognitivas propias del pensamiento ingenuo o del “sentido común”, que pueden definirse como conjunto de informaciones, creencias, opiniones y actitudes a propósito de un objeto determinado. Por lo tanto las representaciones sociales son una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, que orientan a la práctica, que contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social.

Las representaciones sociales así definidas sirven como marcos de percepción y de interpretación de la realidad, también como guías de los comportamientos y prácticas de los agentes sociales, de tal manera que los individuos piensan, sienten y ven las cosas desde el punto de vista de su grupo de pertenencia o de referencia⁴².

⁴¹ Grosser Alfred. *Op.cit.* 1999. p.p 53-64

⁴² Giménez, Gilberto. *Op.cit.* 2000. p.p.54 y 55

Así, de acuerdo con Pierre Ansart, toda acción social entraña un sentido, a partir del cual los agentes regulan sus comportamientos recíprocos y le imprimen continuidad a las conductas, pues supone que cada comportamiento individual se coordina y responde conforme a reglas interiorizadas de acuerdo con expectativas comunes, ello implica, la existencia de una compleja estructura de designación, de integración significativa, de valores, un código colectivo interiorizado. De esta manera toda sociedad crea un conjunto coordinado de representaciones, un *imaginario* a través del cual se reproduce e identifica consigo mismo el grupo, distribuye las identidades y los papeles, expresa las necesidades colectivas y los fines a realizar, en otros términos, toda sociedad produce imaginarios sociales que conforman sistemas de representación a través de los cuales se autodesignan, fijan simbólicamente sus normas y sus valores⁴³.

La escuela, se convierte en el ejemplo más ilustrativo pues, fomenta el establecimiento de una memoria colectiva, a través de la transmisión de ciertas representaciones sociales a las cuales se les ha sancionado socialmente como validas, así, en la interpretación histórica, se le asigna un peso determinado a ciertos acontecimientos y con ello se influye sobre una visión del pasado y del presente⁴⁴. En este sentido, la educación produce identidades o, al menos, identificaciones cuya base se cimienta en la transmisión de representaciones sociales.

⁴³ Ansart Pierre. *Ideología, conflictos y poder*, 1983. p. 17

⁴⁴ Para ejemplificar, el caso de México resulta ser representativo, ya que durante la era del nacionalismo, la enseñanza de la historia presenta una realidad fundada en valores específicos con el objeto de construir y mantener una identificación colectiva sobre los mismos en aras de consolidar la fortaleza de la Nación Mexicana. Así tenemos que en 1942 la Ley Orgánica de Educación Pública contempla en alguna de sus partes que la educación: Fomentará el íntegro desarrollo cultural de los educandos dentro de la convivencia social, preferentemente en los aspectos físico, intelectual, moral, estético, cívico, militar, económico, social y de capacitación para el trabajo útil en beneficio colectivo... excluirá toda enseñanza o propagación de cualquier credo o doctrina religiosa... contribuirá a desarrollar y consolidar la unidad nacional excluyendo toda influencia sectaria, política y social, contraria o extraña al país y afirmando en los educandos el amor patrio y a las tradiciones nacionales, la convicción democrática y la confraternidad humana". Agrega que también tendría como finalidad contribuir al mantenimiento de la paz, la solidaridad y la amistad con los países de América. El programa de primaria insistía en borrar las desigualdades, formar una nación fuerte. Cfr. Vázquez, Josefina A. *Nacionalismo y Educación en México*, p. 227.

Así, las identidades colectivas requieren en primera instancia, de contextos de interacción conocidos y con fines prácticos para interactuar en ellos, es decir, necesitan justamente de representaciones sociales compartidas como trasfondo, para que con base en las tradiciones culturales, expectativas reciprocas, saberes compartidos y esquemas comunes de percepción, interpretación y evaluación se administre la identidad y sus diferencias, pues el mantener sus relaciones reguladas por un orden legítimo les posibilita el interpelarse mutuamente y otorgar coherencia a la relación entre palabra y acto.

1.2.1.2 Determinación e instancias de socialización

La construcción de las identidades, como ya se explicó, expresa la relación dialéctica entre el individuo y la colectividad, pues los cambios en la estructura social pueden generar transformaciones en la realidad individual. En la actualidad, esta relación se encuentra influida por intensas y dinámicas transformaciones en lo que se refiere a lealtades y adscripciones con las que los grupos sociales se identifican y son reconocidos.

Estas identidades se insertan en prácticas cotidianas a través de la familia, el barrio, el ámbito de trabajo, las condiciones objetivas de la vida; mediante la identificación con proyectos imaginarios las personas se incorporan en diferentes comunidades por ejemplo, las de carácter religioso o étnico. Así en este apartado se explica la influencia determinante en la conformación de la subjetividad, a partir de ciertos referentes.

Para iniciar con este apartado es necesario tener en cuenta que el proceso de socialización tiene como objetivo el internalizar en el sujeto la propia estructura social de la cual forma parte, y es en este proceso donde la transmisión de las tipificaciones de las acciones habitualizadas, que constituyen las instituciones de un determinado grupo social cobran relevancia, pues al prever y controlar el comportamiento humano, permiten establecer en el sujeto la noción de un *deber ser*.

Dicho lo anterior, se puede señalar que las identidades siempre se encuentran determinadas, es decir, la memoria transmitida contribuye a formar identidades individuales. Sin embargo, a posteriori, ocupa un lugar importante en el apego sobre ciertas influencias a las que cada individuo está sometido⁴⁵. Todos los individuos ejercen cierto grado de influencia sobre otros, sobre todo si se halla en una situación de responsabilidad respecto de él, es decir, depende en gran medida del estatuto que se le otorgue a cierta persona, como puede ser el caso de una autoridad, a la cual por lo general se le liga con valores de respeto y credibilidad. Es decir, el actor se identifica con las tipificaciones objetivadas socialmente, pero vuelve a ponerse a distancia de ellas cuando reflexiona posteriormente sobre su comportamiento. Esta distancia entre el actor y su acción pueden retenerse en la conciencia y proyectarse a repeticiones futuras de las acciones. De esta manera, tanto el yo actuante como los otros actuantes se aprehenden, no como individuos únicos sino como *tipos*, los cuales por definición son intercambiables⁴⁶.

Así se puede comenzar a ligar al proceso de socialización con la facultad de poder identificar y asumir ciertos “*roles*”⁴⁷ según sea el caso que exija determinado contexto.

La socialización es un inagotable proceso en el que se encuentra inmerso el individuo, sin embargo, analíticamente ha sido separado en dos instancias.

De acuerdo con H. Mead, la *socialización primaria* es el proceso que el individuo atraviesa durante su niñez; por medio del cual se convierte en miembro de la sociedad, y consiste en:

⁴⁵ Grosser Alfred. *Op.cit.* 1999. p. 64

⁴⁶ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *Op.cit.* 1998. p. 97

⁴⁷ La construcción de *tipologías de roles* es un correlato necesario de la institucionalización del comportamiento. Las instituciones se encarnan en la experiencia individual por medio de los roles, los que objetivados lingüísticamente, constituyen un ingrediente esencial en el mundo objetivamente accesible para cualquier sociedad. Al desempeñar roles, los individuos participan en un mundo social; al internalizar dichos roles, ese mismo mundo cobra realidad para ellos subjetivamente. Cfr. *Ibidem.* p. 98

El individuo al nacer se encuentra dentro de una estructura social objetiva en la cual existen otros significantes –en primera instancia, los padres- que están encargados de su socialización y que le son impuestos. Las definiciones que los otros significantes hacen de la situación del individuo le son presentadas a éste como realidad objetiva. De ese modo, él nace no solo dentro de una estructura social objetiva, sino también dentro de un mundo social objetivo. Los otros significantes, que mediatizan el mundo para él, lo modifican en el curso de esta mediatización. Seleccionan aspectos del mundo según la situación que ocupan dentro de la estructura social y también en virtud de sus idiosincrasias individuales biográficamente arraigadas. El mundo social aparece filtrado para el individuo mediante esta doble selección. Así, la socialización primaria comporta algo más que un aprendizaje puramente cognoscitivo. Se efectúa en circunstancias de enorme carga emocional. Existen ciertamente buenos motivos para creer que, sin esta adhesión emocional a los otros significantes, el proceso de aprendizaje sería difícil, cuando no imposible. Pues sólo por ello, el niño acepta seguir los roles y actitudes de los otros significantes, o sea, internaliza y se apropia de ellos. Y por esta identificación con los otros significantes, el niño se vuelve capaz de identificarse él mismo, de adquirir una identidad subjetivamente coherente y plausible.

En otras palabras, “el yo es una entidad reflejada, porque refleja las actitudes que primeramente adoptaron para él los otros significantes; el individuo llega a ser lo que los otros significantes lo consideran. Este no es un proceso mecánico y unilateral: entraña una dialéctica entre la auto-identificación y la identificación que hacen los otros, entre la identidad objetivamente atribuida y la que es subjetivamente asumida”⁴⁸.

La socialización primaria crea en la conciencia del niño una abstracción progresiva que va de los roles y actitudes de otros específicos, a los roles y actitudes en general. Esta abstracción de los roles actitudes de otros

⁴⁸ Ibidem p.p.164-174.

significantes concretos se denomina *el otro generalizado*⁴⁹. Su formación dentro de la conciencia significa que ahora el individuo se identifica no sólo con Otros concretos, sino con una sociedad. Solamente en virtud de esta identificación generalizada logra estabilidad y continuidad en su propia auto-identificación, es decir, ahora no sólo tiene una identidad contra este o aquel significantes, sino también cuenta con una identidad en general, que se aprehende subjetivamente en cuanto sigue siendo la misma no importa que otros se le presenten.

De esta manera, la formación dentro de la conciencia de *el Otro generalizado*, señala la fase decisiva de la socialización primaria, pues se ha logrado internalizar a la sociedad y con ella la realidad objetiva que entraña en sí misma y al mismo tiempo, el establecimiento subjetivo de una identidad coherente y continua. La sociedad, la identidad y la realidad se cristalizan subjetivamente en el mismo proceso de internalización. Cabe destacar nuevamente que esta internalización es posible por el aprendizaje del lenguaje, porque a través de él, se adquieren los esquemas interpretativos básicos.

Por otra parte, la *socialización secundaria* es cualquier proceso posterior que induce al individuo ya socializado a nuevos sectores del mundo objetivo de su sociedad. Lo anterior implica la internalización de “submundos⁵⁰” institucionales basados sobre instituciones, es decir, es la adquisición del conocimiento específico de roles, estando éstos directa o indirectamente arraigados en la división del trabajo. De este modo, la socialización secundaria requiere la adquisición de vocabularios específicos de roles, lo que significa, que el individuo internalice campos semánticos que estructuren

⁴⁹ El concepto de *el Otro generalizado* presenta el estado en que el individuo está finalmente capacitado para relacionar su propio ser de acuerdo con las actitudes generales de su sociedad o comunidad. Lo significativo de esta fase. Según Mead es la posibilidad de que el individuo pueda trascender el comportamiento de ser objeto de un otro particular, de seguir sus reglas, de no tomar únicamente su punto de vista, sino de cobrar conciencia de sus propias interpretaciones de las reglas sociales mediante diferentes puntos de vista. Esta habilidad de poder hacer indicaciones al propio ser desde una compleja variedad de puntos de vista permite al individuo experimentar un sin número de roles abstractos en lugar de papeles concretos. Cfr. Ralsky, Susana. “De la mediatización a la autodeterminación: el pensamiento de Geoge Herbert Mead (1863 – 1931)”, en Zabudovsky, Gina (Coord.). Teoría sociológica y Modernidad, p.29.

⁵⁰ Los submundos son generalmente realidades parciales que contrastan con el “mundo de base” adquirido en la socialización primaria.

interpretaciones y comportamientos de rutina dentro de un área institucional⁵¹. Por ejemplo, el papel de la escuela resulta ilustrativo si se le considera como un centro de entrenamiento o instrucción previa sobre las prácticas que envuelve el área laboral a la que se pretende ingresar.

Dichos roles tienen un alto grado de anonimato, lo cual permite que sean fácilmente separados de los individuos que los desempeñan, es decir, por ejemplo, el trabajo que realiza un funcionario puede ser ejercido por cualquier otro.

Estos submundos requieren de un aparato que los legitime y para ello se acompañan regularmente de símbolos, rituales o materiales, tal es el caso de los santos, el credo, las misas, los cánticos, etc., que internalizan los feligreses religiosos.

La escuela, la familia –de manera permanente-, la educación en general crean estructuras mentales sólidas y a la vez modificables, así, el resultado de haber sido procesado -el individuo- por ciertas instancias de socialización, es el de tener un prisma en la mente que permita interpretar mensajes recibidos de acuerdo a una gama de matices, es decir, crear en el individuo su propia percepción, a partir de la influencia que ejerzan sobre él.

Cabe señalar que el proceso de socialización al que se encuentra sujeto un individuo no culmina nunca, puesto que los contextos de interacción, las instituciones y los individuos mismos son móviles, es decir, en ellos entraña una novedad intrínseca, debido a los variados flujos de influencia que se presentan como alternativas y el potencial creativo de las propias estructuras mentales.

En términos colectivos cabe señalar el factor decisivo de influencia que representan los medios de comunicación, quienes reciben, interpretan y estructuran el contenido mismo de mensajes que van a difundir y emitir. Sin

⁵¹ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *Op.cit.* p.p.174-184.

embargo, su poder de influencia está regido por el mantener o conseguir el máximo de audiencia, para ello, antepone el fomento a una especie de identidad media que respete al máximo las estructuras mentales existentes a la comunicación, de esta manera los medios ejercen, en cierta medida, una acción conservadora, sobre las identidades pues buscan un común múltiplo que perturbe lo menos a identidades colectivas ya preestablecidas⁵².

Sin embargo, a pesar de ello, influyen sobre las identidades de múltiples formas. Mediante la hábil mezcla de hechos y ficción, por la forma de entretejerlos, la televisión puede en ocasiones incluso paralizar el poder de análisis, inspirar sentimientos de entusiasmo o de repulsa, es decir, de llegar a inhibir o exasperar sentimientos e ideas⁵³.

Por otro lado, el poder de influencia que tiene el mercado en relación con las identidades colectivas es la de impulsar la noción de *consumidores*. Así, la identidad es observada como un reducto de deseos y sueños que permitan escapar a la realidad y a las inserciones sociales que ésta impone. El contenido a ciertos valores como es el caso de la libertad cuyo contenido está relacionado con el consumo y la elección entre productos como sentido último de la vida.

En términos generales, las instancias de socialización tienen como base el difundir el calificativo identificador del *Otro*, mismo es el que desempeña constantemente el papel de reforzador de prejuicios de la realidad, pues para definir al *Otro* o a *nosotros mismos* se recurre a preguntas estereotipadas tales como ¿Ellos son..., los que...? , la identificación, sobre todo de la diferencia o del adversario, puede depender de la forma de preguntar,⁵⁴ de ahí que dichas instancias, pero en particular, los medios de comunicación inciden de manera decisiva en el establecimiento de esquemas identificatorios, que en términos más abstractos pueden ser catalogados como, el propio sistema de valores sociales tan necesario en la internalización de la estructura social.

⁵² Grosser Alfred. *Op.cit.* p.73

⁵³ *Ibidem.* p.74

⁵⁴ *Ibidem.* p.p 76 y 77

1.2.1.3 Ideología: Poder y dominación

Para ahondar en la constitución de los elementos que posibilitan generar identidades colectivas, es necesario aludir al papel que juega la ideología en este sentido, pues, como se observará, ésta permite entender cómo los miembros de grupos sociales se comprenden, comunican e interactúan en la sociedad basándose en ciertas estructuras, cómo las representaciones sociales basadas en la ideología afloran los sentimientos comunes de los actores individuales y cómo las ideologías entrañan relaciones de poder y dominación sobre colectivos humanos.

La ideología son todos aquellos principios que forman la base de las estructuras de representaciones sociales compartidas por los miembros de un grupo, de tal manera que su función es la de organizar y coordinar las interpretaciones y prácticas sociales de grupos y sus miembros y, en particular, el poder y otras relaciones entre grupos⁵⁵.

Cabe aclarar que dichas representaciones socialmente compartidas son de tipo *general* y *abstracto*, pues implican el conocimiento que aglutina tanto a un sistema social de creencias –normas, valores y criterios de verdad- como a ciertas actitudes sociales, por ello, las ideologías no son individuales y no se representan para la colectividad porque aluden a recuerdos específicos y episódicos, o bien a opiniones personales. De ahí que se pueda comparar a la ideología con el lenguaje porque ambos son sistemas sociales abstractos y compartidos por los grupos y herramientas que se permiten realizar prácticas sociales tan cotidianas como es el actuar y comunicar.

Sin embargo, no por ello se puede deducir que exista una sola estructura social de tipo ideológico, sino que dada su naturaleza, ésta puede ser atribuida a grupos, lo cual implica una diversidad de formas de interpretar al mundo que logran generar varios grados de consenso social, dado su distinto peso de influencia sobre los individuos. Es decir, esta diversidad se genera, de acuerdo

⁵⁵ Van Dijk Teun. *Ideología*. 2000. p. 21 y 22.

con Althusser, -para quien la ideología es el sistema de representaciones, que domina el espíritu del hombre o grupo social-, "...por ser la ideología la que representa la relación imaginaria de los sujetos con sus condiciones reales de existencia, en esta relación imaginaria del mundo está contenida la causa que debe de dar cuenta de la deformación imaginaria de la representación ideológica del mundo real..., -así- toda ideología, en su deformación necesariamente imaginaria, no representa las relaciones de producción existentes (y las otras relaciones que de allí se derivan) sino ante todo la relación (imaginaria) de los individuos con las relaciones que de ella resultan. En la ideología no está representado el sistema de relaciones reales que gobiernan la existencia de los individuos, sino la relación imaginaria de esos individuos con las relaciones reales en que viven"⁵⁶, las cuales son tan particulares como únicas. Aunque este autor señala que las ideas que emanan de dicha relación imaginaria, son actos materiales insertos en prácticas materiales determinadas o reguladas por rituales materiales definidos por lo que él llama aparatos ideológico⁵⁷ material del que proceden las ideas de ese sujeto.

Pese a que existen grados de determinación o influencia de ciertas ideologías, es sólo en las mentes de los individuos, donde éstos pueden decidir con base en sus propias restricciones, únicas, personales y contextuales, etc., cuáles serán las creencias, opiniones y conocimientos que serán capaces de compartir socialmente sobre su pertenencia a un grupo, sobre las relaciones de grupo y sobre la estructura social. Así "no es el grupo, o la organización o ninguna otra estructura social lo que directamente condiciona, influye o restringe las prácticas ideológicas, sino las formas en que los miembros sociales subjetivamente las representan, comprenden o interpretan"⁵⁸.

⁵⁶ Althusser Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, 2004. p. 56

⁵⁷ De este autor sólo se retoma la explicación del mecanismo de ideológico de interpelación, la causa política que le atribuye, resulta ser actualmente insostenible. Sin embargo, cabe señalar que los aparatos ideológicos de estado son aquellos que funcionan masivamente con la ideología como forma predominante, lo cual unifica su diversidad en la medida en que la ideología con la que funcionan está siempre unificada, a pesar de su diversidad y sus contradicciones, bajo la ideología dominante, que es la de la clase dominante. Se caracterizan por utilizar secundariamente, y en situaciones límite, una represión atenuada, de tipo simbólico. Cfr. Althusser Louis. *Op.cit.* 2004. p .30 y 31

⁵⁸ Van Dijk Teun. *Ideología*. 2000 p. 177

Así es como tácitamente se presenta al interior del sujeto un proceso cognitivo, mediado por el discurso, a través del cual aprende a reconocer nuevas representaciones -ideologías y otras estructuras sociales- como alternativas, ya sea para asimilarlas, o bien para desviarlas, negarlas, disentirlas y/o modificarlas⁵⁹. En este sentido, se puede dar lugar a una acción creativa o reproductiva por parte del sujeto interpelado por la ideología expresada a través del discurso.

La ideología, por lo tanto, se convierte, en un marco de trabajo básico, ya que deriva de las cogniciones sociales de un grupo social. Una ideología con tales características, “no sólo controla el contenido preferencial del conocimiento y de las actitudes, sino que también establece la coherencia (cognoscitiva y social) entre las diferentes actitudes y metas. De manera similar, las ideologías controlan las estrategias fundamentales para la defensa, legitimación y promulgación de las actitudes sociales en el habla, el texto y en las acciones, pues proporcionan los marcos generales para la interpretación de los acontecimientos sociales y políticos que cotidianamente vive la gente, y de esta forma definen el consenso en el que se basan la comunicación y la interpretación de los miembros del grupo (interno). Por ello, la ideología constituye la traducción socio-cognoscitiva de las metas e intereses de grupo”⁶⁰.

Por ejemplo, una ideología racista parte de definir un *Nosotros* (como aquellos que cumplen con rasgos físicos característicos, como el ser blancos, etc.), qué aspecto tienen, de dónde vienen qué representan, cuáles son sus valores y sus recursos, o sea cuáles son sus intereses y cómo se relacionan con los del otro grupo específico, esto es, con *Ellos: los no blancos*). La familiar

⁵⁹ Cabe aclarar que es posible hacer una distinción en términos únicamente analíticos sobre aquellas nuevas referencias que se le presentan al sujeto en relación a aquellas otras, que ya ha adoptado como propias, puesto que este es un proceso imperceptible para el sujeto. En este sentido, como señala el psicoanalista: la definición más elemental de ideología es probablemente la tan conocida frase de El Capital de Marx: “ellos no lo saben, pero lo hacen”. El concepto mismo de ideología implica el falso reconocimiento de sus propios presupuestos, de sus propias condiciones efectivas, una distancia, una divergencia entre la llamada realidad social y nuestra representación distorsionada, nuestra falsa conciencia de ella. Ésta es la razón de que esa “conciencia ingenua” se pueda someter a un procedimiento crítico-ideológico. Cfr. Žižek, Slavoj. *El sublime objeto de la ideología*. 2002. p. 55 y 56.

⁶⁰ Véase en Van Dijk Teun. *Estructuras y funciones del discurso*. 2001, p. 184

naturaleza polarizada de la expresión de las ideologías, es decir *Nosotros* y *Ellos*, refleja las relaciones del grupo, su posición social y perspectiva respecto de cualquier asunto social que sea relativo al mismo, así cualquier acontecimiento que juegue con los intereses del grupo será juzgado y en ocasiones, capaz de activar una acción social, como la discriminación.

De lo anterior es importante destacar que las ideologías y la condición de grupo parecen definirse mutuamente: sólo los grupos pueden desarrollar ideologías, y la definición de grupo, a su vez, presupone no sólo condiciones, experiencias o acciones socialmente compartidas, incluyendo ideologías⁶¹.

Lo más interesante de este proceso de aglutinación y uniformación identitaria, es que se presenta como un aprendizaje socio-cognitivo y se manifiesta de modo sutil, puesto que la propia ideología impone (sin parecerlo) evidencias que no se pueden dejar de reconocer, pero que para el sujeto son consideradas como naturales, inevitables y por tanto, es un factor esencial para sentirse identificado con el *Otro*. Sin embargo, este no es un proceso ingenuo, la carga de sentido que se imprime de esta forma natural, tiene una fuerte carga de intencionalidades. Es decir, la función “sistematizadora” y “explicativa” de las ideologías produce sentidos compartidos y con ello las ideologías buscan afianzarse como explicaciones parciales e interesadas, pues son “saberes” justificadores de las relaciones de poder.

⁶¹ Van Dijk Teun. *Ideología*. 2000 p. 183

CAPITULO II. EL DISCURSO

El lenguaje no sólo es el dispositivo más importante con el que cuenta la sociedad para constituir a los sujetos, también es el espacio privilegiado para acceder a la realidad social o cultural del sujeto mediante el trabajo de la interpretación. En este sentido, el discurso entendido como un conjunto de códigos y lenguajes sobrepuestos⁶², es considerado como una unidad observacional, a través de la cual interpretamos al ver o escuchar una emisión, éstas emisiones “se insertan en contextos de comunicación e interacciones sociales, y tienen, por consiguiente, funciones específicas en tales contextos. Para entender esas funciones hay que tener en mente una propiedad fundamental de las emisiones: se usan para realizar acciones. La clase específica de acción que realizamos cuando producimos una emisión se llama *acto de habla o acto elocutivo*”⁶³.

Estas acciones, en virtud de que se encuentran siempre referidas a otros, permite señalar que los actos de habla sólo pueden ser actos sociales, pues se llevan a cabo en contextos comunicativos.

En este sentido, se entiende por *discurso*, “toda práctica enunciativa considerada en función de sus condiciones sociales de producción, que son fundamentalmente condiciones institucionales, ideológico culturales e histórico coyunturales”⁶⁴. Y son precisamente éstas condiciones sociales de producción sobre las cuales se hará referencia en el presente trabajo.

La secuencia de actos de habla, bajo una estructura lógica discursiva, se convierte en el instrumento a través del cual se expresa e interpreta, el sentido mentado de la acción del “Otro”, es decir, orilla al sujeto de la relación dialógica a buscar la comprensión y explicación de las acciones del “Otro”. Es decir, siguiendo la lógica weberiana, el discurso como herramienta analítica, permite entender cómo se explica un sujeto para sí al mundo, cómo *capta la conexión*

⁶² De la Peza C. Ma. Del Carmen. “Algunas consideraciones sobre el problema del sujeto y el lenguaje”, en Isabel Jáidar Comp. *Op.cit.* 1999. p.105

⁶³ Van Dijk Teun. *Op.cit.* 2001 p. 20

⁶⁴ Cfr. Pecheux, M. *Hacia el análisis automático del discurso.* 1978, p.35.

de sentido en que se incluye una acción, ya comprendida de modo actual, a tenor de su sentido “*subjetivamente mentado*”⁶⁵.

Cabe señalar, de acuerdo con Teun Van Dijk que, si el discurso es acción, puede suponerse que la producción o la comprensión de oraciones, palabras, estilo, retórica o argumentación deberán así mismo entenderse como acciones. Para realizar el discurso como acción social, es necesario, llevar a cabo, no sólo actos elocutivos como aserciones y promesas, sino también actos locutivos o actos gráficos y concretos de habla, escritura, además de actos proposicionales tales como significar algo cuando hablamos o escribimos⁶⁶.

Por lo tanto, la importancia del discurso como un punto de partida que permita entender sus efectos en la constitución de identidades, no culmina con considerar a un sujeto productor de un discurso (referido a otros y con una acción mentada) y que por medio de él le sea posible construirse a sí mismo, y al mundo como objeto; sino observar las repercusiones sociales y políticas que lleva implícito un fenómeno en el cual se juega la producción misma del sentido, pues el discurso es concebido como la formación articulada de significantes, es decir, al estructurarse bajo ciertas coordenadas espacio-temporales y bajo búsqueda de legitimidad, produce su engranaje una cadena de significantes⁶⁷, mediante la cual se asigna un valor al significado, pues según el punto de vista de la estructura, puede ser entendido, es decir, la cadena signifiante, es capas de dar forma e intencionalidad al sentido.

⁶⁵ Weber Max. *Economía y sociedad*. 1997. p 9.

⁶⁶ Van Dijk Teun. Comp. “El discurso como interacción de la sociedad”, en *El discurso como interacción social*. 2000b. p, 31

⁶⁷ La comprensión de la articulación del lenguaje en cadenas significantes puede entenderse a partir de las propias cualidades de la lengua, en la cual no hay términos positivos, sólo diferencias, pues para entender el significado del término “padre” se debe entender el significado del término “madre”, “hijo”, etc. Así este carácter puramente relacional o diferencial de las identidades lingüísticas significa que el lenguaje constituye un sistema en el cual ningún elemento puede ser definido independientemente de los otros. Ahora bien, lo anterior remite hacia la propia forma de entender la palabras, pasando por las oraciones mismas y terminando con la estructuración discursiva cargada de intencionalidad y sentido.

2.1 Función Político- Social

El discurso como acción puede adoptar una perspectiva más amplia al poner en evidencia las funciones sociales, políticas o culturales del discurso dentro de las instituciones, los grupos o la sociedad y la cultura en general. Como ya se señaló anteriormente, la función del discurso desde la perspectiva social, consiste en posibilitar la explicación y comprensión del mundo para el propio sujeto como, mediante las relaciones dialógicas que establezca sobre las nociones de mundo que los “Otros” tienen; a pesar de ser la capacidad de influencia su función más evidente, sin embargo, es necesario ahondar en la forma en que el discurso crea estructuras e interacciones sociales⁶⁸:

- La primera función del discurso es la que nos remite a entender su existencia como posibilidad para la producción, la construcción y la comprensión del discurso, tanto de las estructuras sociales (de grupos o de organizaciones), como de las interacciones de distinto tipo, pues, a través de los actos de habla se construye y se refuerza un marco referencial de sentido, por todos compartidos. Dicho marco, es cognitivo, pues es conocido por los miembros de la sociedad y está estructurado de forma esquemática ordenada de acciones sociales que operan como un todo unificado⁶⁹, que hace alusión a una serie de representaciones sociales compartidas, de acontecimientos o actividades sociales estereotipadas. De tal manera que “es a través de la cognición social la forma en que se puede describir, ya sea tanto los tipos de cogniciones que las personas poseen y comparten como miembros sociales o, como aquellas cogniciones referentes a situaciones sociales, a la sociedad o a grupos sociales”⁷⁰. Así las representaciones que la gente hace acerca de otras personas, acerca de los grupos a los que pertenecen –mujeres, hombres, negros, blancos, mexicanos, personas jóvenes o ancianas- son ejemplos característicos de tales cogniciones

⁶⁸ Cfr. Análisis crítico del discurso y su pensamiento social. Entrevista a Van Dijk Teun, en http://www.google.com.mx/search?q=cache:7KM5YOMPjjcJ:www.bib.uab.es/pub/athenea/15788646n1a2.pdf+discurso+y+su+funci%C3%B3n+social+&hl=es&lr=lang_es&ie=UTF-8

⁶⁹ Van Dijk Teun. *Op.cit.* 2001 p. 108

⁷⁰ *Ibidem.* p. 167

sociales o del también llamado *imaginario social*. Por lo tanto en este sentido, adquiere relevancia tanto la presencia de la *memoria colectiva*, así como a la *experiencia vivencial* que le dio contenido a dichas representaciones del sujeto, puesto que se apela a ellas al hacer alusión a ciertos referentes comunes.

En este sentido, es el marco referencial, implícito en el discurso, la vía por la que los participantes interpretan cada acción con respecto a la acción previa de los "Otros" y con ello no sólo clasifican y ordenan el tipo de acciones (por ejemplo, "fumar", "conocer", "prometer", "saludar", etc.), sino, también evalúan y asignan sentido a cada acción (por ejemplo, tomar una acción como una "ofensa", una "defensa", un "ataque", una "evasión", una "aproximación", etc.).

En términos generales, esta función puede ser llamada "representativa", en el sentido de que las estructuras del discurso hablan, denotan o representan partes de la sociedad. Es decir, el discurso permite realizar un acercamiento analítico sobre la constitución de lo social, porque a través de él se puede observar la construcción de las situaciones, los objetos de conocimiento, la identidad social de las personas y las relaciones de estas y de los grupos entre sí, desde una perspectiva dinámica ya que contribuye a sustentar y reproducir el *statu quo* social, pero también a transformarlo.

- La segunda es que el discurso, de muchas maneras, construye, constituye, cambia, define y contribuye a las estructuras sociales. Lo cual implica que si cada acción y cada acto de habla determina las acciones subsiguientes, entonces, el hablante expresa significados adecuados e intenta realizar mediante su emisión, un acto de habla comprensible para el oyente, para que éste actúe de determinada manera, por lo tanto, el tipo de acción y su evaluación requieren por un lado, insertarse en ciertos principios normados del marco referencial correspondiente para hacer comprensible su acción, y por otro lado, una intencionalidad o estrategia específica que tenga por objeto, continuar con la secuencia de la acción, abre la posibilidad de transformar el marco de sentido, y a pesar de que contextualmente puede ser variable, siempre está encaminada hacia, expectativas, intereses, necesidades y

funciones básicas sociales de los participantes, tales como, la autodefinición, la adquisición de estatus o de respeto, la protección, el amor, la identificación de otros, etc.⁷¹.

Cabe señalar que, las cogniciones no son simplemente sociales porque se refieren a grupos o acontecimientos sociales, sino porque las forman, las usan y las cambian las personas como miembros de grupos sociales y en situaciones sociales. El discurso desempeña un papel básico en estos procesos de la reproducción de las cogniciones sociales. Es decir, aún cuando, dichas cogniciones sociales se pueden obtener a partir de la observación de otras personas y de sus actos, lo más frecuente es que sus contenidos, reglas generales, principios, estrategias se transmitan a través del texto y de su conversación. Y en forma inversa, el discurso se ve vigilado por las condiciones sociales subyacentes, tales como opiniones, actitudes, representaciones o ideologías sociales.

En síntesis se puede señalar que el acto discursivo, sugiere una relación dialéctica bidireccional, ya que se encuentra moldeado por situaciones, instituciones y estructuras sociales, pero a su vez les da forma⁷².

Lo anterior implica que el discurso permite acercarse a la sociedad, puesto que evidencia una red de interacciones dinámicas y en constante transformación debido a la apertura estratégica que brinda el enfoque hacia una determinada coyuntura, así como su lógica continua, debido a que hace necesaria la alusión a ciertos vocablos tradicionales tales como normas, valores, metas, opiniones, actitudes o ideología⁷³.

Un claro ejemplo de los aportes que el discurso permite sobre la sociedad, en cuanto a las estructuras, estrategias e influencia mutua de la cognición social y el discurso se pueden ilustrar en todos los argumentos racistas y sexistas

⁷¹ Ibidem. p.110 y 111

⁷² Fairclough N y Wodak R. "Análisis crítico del discurso", en Van Dijk Teun. *Op.cit.* 2000b. p, 367

⁷³ Cabe aclarar que el discurso no proporciona por sí solo toda la información necesaria para conocer la realidad social, pero sí permite encontrar claves que permitan la reconstrucción de esa realidad.

que reproducen el prejuicio, el racismo y por ende , la desigualdad social⁷⁴. Es decir, por medio del discurso es posible evidenciar cómo las cogniciones sociales subyacentes, tales como las representaciones (prejuiciadas) que pueden tener los miembros de los grupos dominantes respecto de las minorías, o bien las estrategias que utilizan los miembros del grupo dominante cuando piensan en los actos o en las supuestas características de los miembros del grupo minoritario, sirven para constituir y reproducirse como parte de la lógica de las acciones sociales. Finalmente, esto nos conduce a pensar en la función del discurso bajo su cualidad política.

Ahora bien, más específicamente hablando, en lo político las realidades políticas también se construyen en el discurso y a través de él. Debido a la importancia e influencia social del discurso, éste plantea importantes cuestiones relativas al poder. Las prácticas discursivas pueden tener efectos ideológicos de peso, es decir, pueden ayudar a producir y reproducir relaciones de poder desiguales entre (por ejemplo) las clases sociales, las mujeres y los hombres, las mayorías y minorías culturales o étnicas, por medio de la manera como representan los objetos y sitúan a las personas.

Es así como el discurso puede, constituir y reproducir supuestos (a veces falsos) acerca de cualquier aspecto de la vida social como meras cuestiones de sentido común. Dado su sustrato de subjetividad, es posible ejercer un dominio tácito, silencioso sobre las personas, pues ni la carga ideológica de los modos particulares de utilización del lenguaje, ni las relaciones de poder subyacentes suelen resultar evidentes a ellas.

Y es esta virtualidad la que le otorga un poder imperioso al discurso, de tal forma que como explica Foucault, el discurso entrafña en sí mismo conflicto, ya que “no es simplemente lo que manifiesta (o encubre) el deseo; es también el objeto mismo del deseo; pues -la historia no deja de enseñárnoslo- el discurso no es simplemente aquello que traduce luchas o los sistemas de dominación,

⁷⁴ Véase en West C, Lazar M y Kramarae C. “El género y discurso” y en Van Dijk T, Ting-Toomey S, et, al. “Discurso, filiación étnica, cultura y racismo”, ambos en Van Dijk Teun. Op.cit. 2000b.

sino aquello por lo que, y por medio de lo cual se lucha, aquel poder del que quiere uno adueñarse”⁷⁵.⁷⁶

Por lo que lejos de considerar como Habermas una situación ideal de habla, -en donde el discurso racional y normado sea el que pueda hacer superar la comunicación distorsionada-, en esta óptica el discurso es entendido “como el lugar de encuentro del lenguaje y la ideología, en donde tanto las palabras como su significado varían según la posición que se juegue en la lucha política desde la cual son usadas”⁷⁷, es decir, el discurso es una fórmula opaca y cargada de ideología -que se desvía de la situación ideal de habla- que se convierte en el sustrato que permite observar las relaciones sociales de poder.

Así, el discurso encuentra su función identitaria en términos políticos en tanto que es una actividad humana controlada, intencional y con un propósito preestablecido, de tal manera que es en él dónde se ponen en juego las representaciones sociales, marcadas por intenciones y propósitos que se hacen relevantes socialmente, en la medida en que, “*Unos*”, aquellos que tienen la fuerza y los medios para imponer su versión sobre los “*Otros*” quienes son interpretados, definidos y posicionados como personas más o menos racionales y, al mismo tiempo, como actores sociales⁷⁸ y políticos, con pesos diferenciados, como se verá más adelante.

Es a partir de la cognición social, mediante la cual se puede entender la forma en la que las estructuras de poder se pueden relacionar con las representaciones sociales de las personas y grupos que intervienen en tales relaciones, así como la manera en que tales representaciones pueden ser

⁷⁵ Foucault Michel. *El orden del discurso*. 2002, p. 15

⁷⁶ De hecho, lo anterior permite centrarse en la categoría de *hegemonía*, pues en la medida en que se presenta una proliferación de significantes en la sociedad, la competencia política puede ser vista como intentos de las fuerzas políticas rivales de fijar parcialmente esos significantes a configuraciones significantes particulares. Las luchas discursivas sobre las formas de fijar el significado de un significante como democracia, por ejemplo, son centrales para explicar la semántica política de nuestro mundo contemporáneo. Esta fijación parcial de la relación entre significado y significante es lo que se denomina *hegemonía*, en la medida en que es entendida como una teoría de las decisiones tomadas en un terreno indecible. Cfr. Laclau Ernesto. “Discurso”, en Revista ESTUDIOS, 2004. p 15

⁷⁷ Cfr. Fairclough N y Wodak R. “Análisis crítico del discurso”. en, Van Dijk Teun. *Op.cit.* 2000b. p, 373

⁷⁸ Cfr. Van Dijk Teun. Comp. “El discurso como interacción de la sociedad”, en Van Dijk Teun. *Op.cit.* 2000b. p, 28-29

expresadas, señaladas, promulgadas o manifestadas de algún modo en el discurso (y en otras formas de interacción). Así, los intereses y metas de grupo se pueden traducir en las jerarquías de relevancia en las representaciones sociales acerca del propio grupo (interno) y de los grupos (externo) “amenazantes”, al igual que en el manejo de los sistemas de normas y valores que subyacen a las nociones fundamentales de las representaciones sociales⁷⁹. Y estas estructuras socio-cognoscitivas necesariamente saldrán a relucir en el texto y en la conversación, simplemente porque es a través del discurso donde precisan ser compartidas y legitimadas por todo el grupo.

2.2 El Discurso Político y sus matrices formales

Una vez señaladas las características y funciones del discurso, resulta pertinente ahondar en las formas que ha adoptado el discurso que se gesta en un espacio simbólico en el cual se juegan relaciones de poder, es decir, el discurso político, con el objeto de comprender cómo se concibe el discurso político en la actualidad y cuál es su trascendencia en relación al tema de las identidades. Resulta necesario hacer mención a la manera en que históricamente se han conformado las distintas estructuras simbólicas, pues son ellas las que proveen de un sistema de pensamiento conformado como una red mental que permitirá, por proyección, reinterpretar y ordenar todos los fenómenos. Para esta clasificación se retoma la propuesta de Pierre Ansart, pues su análisis explica claramente cómo estas estructuras se representan a través de tres distintas formas discursivas que son: el discurso mítico, el religioso y el ideológico-político, buscan interpelar sujetos con el afán de legitimar su visión del mundo y así generar los lazos de dominación hacia ellos. Como se verá más adelante, dichas estructuras dan luz sobre el momento histórico coyuntural en el que cobra auge, así como sobre el tipo de identidades que engrosan sus filas.

Antes de iniciar señalando cada una de ellas, resulta necesario aclarar que la distinción de las mencionadas estructuras responde a una diferenciación

⁷⁹ Véase en Van Dijk Teun. *Op.cit.* 2000b. p. 183

analítica, pues en la realidad se encuentran imbricados dada su actuación en torno a la interpelación de los individuos.

2.2.1.1 Discurso Mítico

El relato mítico es aquel que alude a tiempos mejores y heroicos, pues enuncia la experiencia cotidiana, lo imaginario vivido y el modo de relación de los hombres consigo mismos, el mundo y el prójimo. Adquiere auge en sociedades tradicionales, en donde todas las prácticas sociales se adecuan al sistema de significación, ya que brinda una red de significaciones por medio de la cual se explica y se concibe el orden del mundo en su totalidad; pues gracias al relato de los orígenes, el mundo físico encuentra su razón de ser y sus cometidos; mediante los avatares de los héroes se explica la distribución de las cosas y de los seres, así de acuerdo con Marcel Griaule, el mito es ese discurso universal “donde todo, hasta el desorden, está comprendido”⁸⁰.

El mito aparece como un sistema de representación que estructura adecuadamente a las distribuciones y prácticas sociales, de tal manera que históricamente la lógica social se ha visto transpuesta idealmente por la lógica del mito, así, las grandes distribuciones de los individuos en sexos, generaciones, grupos de linaje se simbolizan en los relatos mediante las relaciones complementarias entre los héroes míticos, de tal manera, las diferentes prácticas se explican y encuentran sentido mediante la referencia al discurso mítico⁸¹.

En términos identitarios, el discurso mítico colabora al fomentar el establecimiento de patrones diferenciales entre los individuos pues asigna funciones sociales, otorga una jerarquía dentro de la escala social, provee el modelo de autoridad que conviene respetar para asegurar el cumplimiento del sentido, pero también homogeniza a los individuos al señalar las distinciones que se hacen entre los diferentes grupos de edad, los ritos del cambio de unas

⁸⁰ Ansart Pierre. *Ideología, conflictos y poder*. 1983. p. 18

⁸¹ *Ibidem*. p. 19

a otras que conllevan obligatoriamente y el sometimiento a una escala de dignidad por pertenecer a un grado generacional.

Al corresponder a una organización social precisa, cada grupo mítico consolida una jerarquía, al mismo tiempo que integra diferentes partes del cuerpo social, divide uniendo, lo jerarquiza todo al volverlo complementario, y puede así participar directa y eficazmente en el mantenimiento de la vida colectiva⁸².

El relato mítico menciona implícitamente los fines esenciales de la vida colectiva y sitúa la finalidad suprema en la realización del mito, en la fidelidad a los modelos y a la presentación renovada de su sentido colectivo mediante el rito y la ceremonia, de ahí que de lugar a la generación de identidades parciales, en la medida en que éstas se encuentren identificadas con los diferentes momentos del relato, que van desde la parte más cercana a lo sagrado, o bien la parte reconocida como profana e impura de la vida cotidiana.

La experiencia mítica tiene una cobertura holista en el individuo interpelado por ella, ya que responde a sus principales demandas subjetivas sobre el ser y estar en el mundo, pues toma en cuenta los deseos, les provee una forma dramática y preeminente, identifica su satisfacción o su frustración como señal de lo divino, hace de la realización del sentido, del cumplimiento del rito, el modo supremo de realización del ser y sus deseos. Como se verá más adelante, “tanto el discurso ideológico como el religioso, buscan alcanzar, sin lograrlo, convertirse en una presencia constante del sentido otorgado a todos los momentos de la vida: el nacimiento, la crianza, el advenimiento a las diferentes edades, la sexualidad, la muerte, transponiéndose directamente en experiencias significativas esta adecuación de la experiencia vivida”⁸³.

El relato mítico no es sólo la estructura totalizante del sentido colectivo sino también es, un instrumento de regulación social, el código a la vez funcional y coercitivo que impone el mantenimiento del sistema de estratificación. Estas dos funciones no son incompatibles, antes bien es una característica del

⁸² Ibidem. p. 21

⁸³ Ibidem. p. 19

sistema mítico asegurar simultáneamente la donación del sentido totalizante, la explicación del mundo de las cosas y de los hombres, y la imposición obligatoria del sistema de jerarquías y poderes⁸⁴.

En sociedades tradicionales eran fácilmente perceptibles las presencias de figuras míticas ordenadoras. En la actualidad aún tiene relevancia el mito, en virtud de que participa en la orientación de las conductas, en la canalización de las energías tanto como en la represión simbólica de las desviaciones, es decir, el mito actúa como la estructura simbólica eficaz que asegura funciones permanentes de testimonio, legitimación y regulación para el mantenimiento y la reproducción de la vida colectiva, es uno de los elementos del sistema de control de la sociedad en su conjunto. El mito responde dinámicamente a una amenaza latente de descomposición, de violencia y de desviación. El mito sería no la expresión del equilibrio social, sino todo lo contrario, la respuesta dinámica a las divisiones, a la negación práctica inscrita en la actividad social. Por lo tanto, la repetición de ritos, la reactualización de las significaciones, evidencian la urgencia de imponer las normas contra los riesgos de decaimiento del propio mito. De esta forma, el discurso mítico asegura su continuidad en la medida en que constituye un elemento esencial para el control social⁸⁵.

Lo anterior permite introducir la presencia de grupos rivales interesados por estas transformaciones, pues la reinvención del mito para adaptarlo a exigencias particulares o bien, partidistas. Un grupo que se encuentra en situación de inferioridad y se esfuerza por progresar en la jerarquía de los prestigios y los poderes, manipula el mito, suprime la parte del relato que explicaba su inferioridad y la reemplaza por otra que legitima su superioridad; opone al discurso oficial su contra-mito, como un instrumento y un desafío simbólico, en su esfuerzo de trasgresión. Los partidarios del sistema jerárquico reafirman el mito tradicional para asegurar su superioridad, mientras que sus oponentes transforman la genealogía para negar su situación plebeya⁸⁶. A causa

⁸⁴ Ibidem. p. 21

⁸⁵ Ibidem. p. 22

⁸⁶ Ibidem. p. 23

del carácter decisivo de significaciones míticas a título de control y legitimación, los subgrupos rivales se apoderan de la versión que legitima su superioridad y la utilizan como un arma simbólica contra sus rivales y de esta manera se invocan significaciones para innovar las estructuras.

Con lo visto anteriormente conviene señalar que a pesar de la efectividad del discurso mítico, éste tiende a impedir el desarrollo de relaciones políticas basadas en principios racionales, donde el consenso y la adscripción a determinadas organizaciones, proyectos o liderazgos se realice a partir de argumentaciones coherentemente sostenidas, es decir, la aceptación de una cierta propuesta se justifica principalmente por la consistencia interna del discurso y no bajo componentes críticos, por lo que se corre el riesgo de convertirse en manipulación⁸⁷. Es decir, el mito opera inminentemente sobre los sujetos puesto que les brinda seguridad en su acción en la medida en que pone en juego la defensa de una cosmogonía que delinea una polarización entre lo propio y lo ajeno, lo conocido y lo extraño, lo sagrado y lo impuro, insistiendo en lo crucial que resulta la cohesión en torno a la causa para la supervivencia de la comunidad. La unificación que emana de la discursividad mítica es, esencialmente incompatible con la heterogeneidad de criterios y con la pluralidad de posiciones⁸⁸.

2.2.1.2 Discurso Religioso

Cuando la religión reemplaza al mito, cumple en lo esencial las funciones que antes realizaba éste pero con otros límites y modalidades. Como el mito, la religión se propone dar una explicación última del orden del mundo, rendir cuentas de la existencia social y de sus razones de ser.

Señala Pierre Ansart que la religión “tiene, como el mito, vocación de totalizar las experiencias y esbozar las significaciones de los vínculos del hombre con el mundo... Dicta la norma y el sentido de la misma, distingue, en un discurso coherente y dicotómico las acciones justas de las injustas... la religión indica lo

⁸⁷ Gutiérrez L. Roberto. *Op.cit.* 2001. p.50

⁸⁸ Gutiérrez L. Roberto. *Op.cit.* 2001. p.49

deseable, ordena los actos individuales para la realización de los deseos justos, exalta las formas supremas de la realización de uno mismo”. En sentido contrario, lo que hace distinta a la religión en relación con el mito es la exteriorización de lo divino, pues “establece una nueva vinculación de práctica con unidad de sentido”, es decir, mientras que “el mito se extiende la omnipresencia de sus significaciones sobre todas las prácticas y todos los miembros del grupo, la representación de lo divino a través de una fuerza particular, como un ser trascendente por ejemplo, confirma la separación entre las prácticas de lo sagrado y lo profano”⁸⁹.

Max Weber explica cómo se dio el paso de una sociedad mítica hacia la religiosa y señala que ésta transición se caracteriza por una apropiación particular de los bienes de significación por los sacerdotes y en consecuencia, por una manipulación especializada de dichos bienes, así como del poder que les es inherente para generar obediencia a través de mecanismos de dominación que aluden a estructuras tradicionales o figuras carismáticas capaces de generar legitimidad. Sin embargo, a pesar del poder de convocatoria que generó el discurso religioso, éste no pudo competir con la preexistencia de un discurso mítico capaz de expresar de manera uniforme todos los valores y expresar el sentido inmediato de todas las prácticas. No obstante, con el paso del tiempo, el discurso religioso se proclama como el sentido eminente de la vida colectiva y logra unir y separar en una jerarquía conjunta la práctica religiosa, la actividad política y el trabajo de producción material, es decir, sacerdotes, príncipes, campesinos y artesanos, pero al no ser capaz de cubrir con igualdad al conjunto de significaciones, aparecen prácticas ajenas a dicho discurso que comienzan a generar lenguajes distintos como es el caso del político o el científico.

El discurso religioso como el mítico, dicta las razones de las separaciones sociales y explica la desigualdad de los grupos y con ello legitima así el poder. Sin embargo, las nuevas significaciones que provean el discurso político y el científico cuestionarán los contenidos dados por el discurso religioso, pues

⁸⁹ Ansart Pierre. *Op.cit.* 1983. p. 24

como el mito, los bienes religiosos van a ser objeto de múltiples versiones e impugnaciones, en función de luchas sociales e individuales. La secularización de las esferas sociales se convierte en el proceso sociohistórico que mejor evidencia la yuxtaposición de poderes que van a rivalizar con él. De esta forma, “la religión no es ya tan solo el sentido universal, sino un poder particular que asegura cierta clase de dominio de las conductas y aspiraciones⁹⁰”.

Así, al convertirse la religión en una alternativa más, las identidades sociales no se constituyen ya necesariamente con base a las creencias religiosas, como lo deseaban los sacerdotes, sino en relación al linaje, a la ciudad y más tarde a la nación.

Es importante señalar que el discurso religioso afirma una imagen de la política en términos de amigo/enemigo⁹¹, puesto que la intensidad y beligerancia extremas que pueden observarse en gran cantidad de movimientos inspirados en concepciones religiosas, como el caso de las guerras santas, tiene como base el hecho de que lo que se defiende no es solamente un ideal o una posición entre otras, sino una condición existencial en el sentido pleno de la expresión.

En este sentido, tanto lo producido por el mito como por la religión, son identidades férreas, que buscan preservarse por todos los medios posibles sobre el supuesto de que las visiones e identidades alternativas se encuentran en una relación de exterioridad radical, dando cuerpo a un antagonismo que no puede ser mediado ni conciliado⁹².

2.2.1.3 Discurso Político-ideológico

Antes de partir en el análisis es importante conceptualizar lo que se entiende por ideología política. Ésta es una invitación a interpretar las situaciones políticas y

⁹⁰ Ibidem. p. 25

⁹¹ “La específica distinción política a la cual es posible referir acciones y los motivos políticos es la distinción amigo/enemigo... los conceptos de amigo, enemigo y lucha adquieren su significado real por el hecho de que se refieren de modo específico a la posibilidad real de la eliminación física. La guerra deriva de la hostilidad puesto que es la negación absoluta de otro ser”. Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*, 1985, pp. 24 y 30.

⁹² Gutiérrez L. Roberto. *Op.cit.* 2001. p.48

pensar acerca de lo que es deseable e indeseable en determinada manera, y una invitación a considerar algunas consecuencias de las decisiones y acciones políticas como más importantes que otras⁹³. Es decir, una ideología es un vocabulario de creencias en cuyos términos debe conducirse y razonarse el discurso político. Existe una amplia diversidad de vocabularios, pero cada uno dirige la atención hacia consideraciones diferentes al identificar situaciones políticas y al evaluar las consecuencias importantes de las decisiones y cada uno sugiere creencias distintas acerca de lo que es en general deseable e indeseable. En esta forma imponen condiciones a la deliberación y el discurso políticos, y a las clases de elecciones que se harán en respuesta a las situaciones emergentes, como se verá a continuación.

El discurso realiza una labor ideológica, si se entiende por ideología, la manera de representar y construir a una sociedad que reproduce relaciones desiguales de poder, así como relaciones de dominación⁹⁴.

Las ideologías se convierten en un “instrumento permanente de los poderes y en el espacio simbólico en el cual éstos se legitiman o impugnan, se refuerzan o debilitan continuamente. Así, siguiendo a Eagleton, quien consideró que la ideología tiene que ver con efectos discursivos concretos, representa los puntos en que el poder incide en ciertas expresiones y se inscribe tácitamente en ellas. El concepto de ideología pretende revelar algo de la relación entre una expresión y sus condiciones materiales de posibilidad a la luz de ciertas luchas de poder centrales para la reproducción (o también, para algunas teorías, la contestación) de toda una forma de vida social. Thompson distingue cinco modos de operación de la ideología:

- Las relaciones de poder se mantienen si se apoyan en la **legitimación**. Un sistema de dominación puede ser mantenido, como observa Weber, al ser

⁹³ Oakeshott, Michael. “El racionalismo en la política y otros ensayos”, en *El discurso político*. 2000. p. 81

⁹⁴ A pesar de que se desarrolló como parte de la teoría marxista de las relaciones de clase, en la actualidad es pertinente su uso, en virtud de que se ha ampliado su espectro de interpretación aplicando su perspectiva al estudio de relaciones de género y de filiación étnica. La ideología como categoría analítica es referida a construcciones falsas o no fundamentadas de la sociedad (por ejemplo, las ideologías de género que representan a las mujeres como menos estables emocionalmente que los hombres).

representado como legítimo, es decir, como un sistema que es justo y digno de apoyo. Esta legitimación se logra a través de apelar a fundamentos racionales, tradicionales o carismáticos, los cuales, se expresan generalmente por medio de ideología.

- Esta ideología también puede operar a través de la **disimulación o el encubrimiento**. Las relaciones de poder sirven a los intereses de unos a expensas de los demás pueden ser ocultadas, negadas o bloqueadas de varias maneras, por ejemplo, describiendo los procesos o acontecimientos sociales con ciertos términos que pongan a relieve algunos rasgos en detrimento de otros, o al representar o interpretar dichos procesos de un manera que disimula o encubre lo que realmente son.

- La tercera modalidad es la **unificación**. Las relaciones de poder pueden ser establecidas y sostenidas al construir, en el nivel simbólico, una forma de unidad que abarca a todos los individuos de una identidad colectiva, a pesar de las diferencias y divisiones que pueden separarlos. Una estrategia típica que es expresada por medio de formas simbólicas, es la estrategia de estandarización.

- La cuarta modalidad es la **fragmentación**. Las relaciones de poder pueden ser mantenidas movilizándolo el sentido de tal forma que fragmente a los grupos y ubique a los individuos y a las fracciones en oposición. “Divide y gobierna” es una conocida estrategia de los grupos dominantes, aunque a menudo, los procesos de fragmentación son menos intencionales de lo que sugiere esta máxima.

- Una última modalidad es la **reificación o cosificación**. La ideología puede operar al representar un estado de cosas transitorio e histórico como si fuera permanente, natural y atemporal. El reestablecer la dimensión de la sociedad “sin historia”, como señala Claude Lefort, es una característica clave de la ideología de las sociedades modernas.”⁹⁵.

Así, la producción ideológica como señala Pierre Ansart, “se puede dar el lujo de disfrazar, desplazar o desviar los conflictos o la potencialidad de los

⁹⁵ Véase en Gutiérrez Silvia. *Discurso político y argumentación*. 2000 p.3 y 4

mismos, como puede incluso acrecentarlos o atenuarlos al articular una disputa imaginaria en las potencialidades afectivas”⁹⁶.

Ahora, bien con la llegada de la modernidad, las funciones sociales esenciales que proporcionaban anteriormente los mitos y las religiones, se encuentran a cargo de nuevos aparatos simbólicos: las ideologías políticas, ya que son capaces de adaptarse bajo distintas modalidades y de responder a exigencias universales de sentido. Es decir, la ideología política para abrirse espacio entre las dos estructuras discursivas enunciadas anteriormente, desaparece la alusión a las garantías supra-terrestres y se conforma como el lugar simbólico en donde tienen lugar los conflictos sociales.

Pero los elementos que hacen verdaderamente populares a la ideología política es que “se propone señalar a grandes rasgos el sentido verdadero de los actos colectivos, traza un modelo de sociedad legítima y de organización, indica simultáneamente los detentores legítimos de la autoridad, los fines que la comunidad debe proponerse y los medios para alcanzarlos. Provee una explicación sintética sobre cómo toma sentido un hecho particular, es decir, cómo los acontecimientos se coordinan en una unidad plenamente significativa”⁹⁷.

El liberalismo, el socialismo, los nacionalismos y todas las formas particulares de ideología, aspiran a dictar los principios esenciales, las evidencias irrefutables a partir de las cuales asumen sentido y justificación los actos particulares. Por lo tanto, si anteriormente el mito y la religión señalaban las acciones justas y los poderes legítimos y las identidades sociales, ahora, las ideologías toman a su cargo la función social general y universalizante de dar sentido a la acción y, en primer término, a los proyectos y las empresas políticas. Aunque cabe señalar que la ideología política abre un nuevo campo de conflicto: el de los límites de su jurisdicción. La religión tenía como límites la distinción entre lo sagrado y lo profano, pero para las ideologías políticas es imposible fijar fronteras. Por lo tanto, su único antagonico imaginable creado como barrera divisoria capaz de legitimar a la ideología ha sido el conflicto

⁹⁶ Ansart Pierre. *Op.cit.* 1983. p. 9-10

⁹⁷ *Ibidem.* p. 28

entre lo político y lo no político. Sin embargo, resulta ser muy ambiguo pues nada define claramente lo que puede escapar al control de la ideología política.

La ideología política se plantea como un problema por la misma ambición por retotalizar la experiencia social y reconstruir una verdad política, ya que se trata de producir una verdad viva, negándose al mismo tiempo la referencia a lo absoluto. La ideología política se dice totalizante pero no puede descartar la conciencia de la arbitrariedad histórica. Cada ideología construye un sistema temporal donde el pasado y el futuro coordinan, proveyendo una plenitud de significación a la acción presente⁹⁸.

Así, por ejemplo, la ideología liberal subraya en la riqueza de las tradiciones, los esfuerzos de los antepasados que es conveniente proseguir, pero también la insuficiencia de las realizaciones: el discurso sobre las tradiciones permite la apropiación del pasado, es un discurso que enfatiza en las insuficiencias para presentar al presente como superior en esencia a todo lo anterior. Mientras que la ideología revolucionaria construía un esquema de invalidación del pasado y subraya en lo que es necesario destruir de éste: la injusticia, la opresión, la explotación, es decir, para este tipo de discursos, el pasado es sinónimo de violencias e injusticias, cuya víctima ha sido siempre la clase oprimida, lo anterior refleja que la historia es interpretada de manera distinta, pues sólo ciertos episodios son considerados importantes y precisos para dar justificación⁹⁹.

Otra característica de la ideología es que da sentido al presente, pero no recurre a relacionarlo con los orígenes o inscribiéndolo en la voluntad de Dios, sino situándolo en un tiempo significativo y en una intencionalidad colectiva. El presente no es ya una acumulación absurda de eventos individuales, para ella,

⁹⁸ Ibidem. p. 29

⁹⁹ Esto implica además que, las ideologías pueden considerarse como vocabularios de creencias, lo que invita al discurso político a tomarse ciertas direcciones y llegar a determinadas conclusiones, que en virtud de la importancia lógica que se le ha otorgado, imponen cierto diseño lógico al discurso político e imponen cierta importancia lógica a sus conclusiones. Oakeshott, Michael. *Op.cit.* 2000. p. 83

el presente desborda significaciones múltiples que provienen a la vez de su posición en el sentido histórico de las metas que persigue¹⁰⁰.

Las relaciones significativas entre el pasado y el futuro, no son creaciones intelectuales, sino que la transformación del sentido se expresa como una práctica social, por ejemplo, en el momento en que se hunde una opresión, se derrumban las estatuas del dictador, puesto que es importante expresar simbólicamente una relación distinta con el pasado, se trata de estigmatizarlo con un nuevo lenguaje, y en particular de distinguir los símbolos que se han vuelto intolerables. Se trata entonces, de reescribir la historia, de cambiar el nombre de las cosas para crear un nuevo sentido y así, dar un nuevo curso a las cosas.

Lo anterior permite entender la tarea de la ideología, que consiste en realizar un vasto trabajo de creación para integrar la diversidad en una unidad y renovar la interpretación de lo cotidiano, sin dejar de observar la experiencia de cada cultura y cada clase social, de tal forma que el campo quede abierto para cada grupo social y para cada movimiento político, a la reinención conflictual del tiempo¹⁰¹.

Este debate que parece concernir al pasado se dirige en realidad al presente y al futuro que se propone como deseable. Ahí donde la religión podía aportar una respuesta evasiva o referir el drama del futuro a la sola salvación individual, la ideología debe responder con precisión incluso antes de que pueda ser anticipado algún criterio, puesto que se trata de decidir lo que todavía no es. Para ello, las ideologías plantean preguntas sobre el futuro colectivo, pero para responderla no pueden proponer ningún criterio absoluto.

Sin embargo, a pesar de las diferencias que pretende tener la ideología con respecto a la religión, es posible encontrar puntos de contacto entre las alternativas creadas por ambas, es decir, las dos apuntan hacia la elección de dicotomías, por ejemplo la vía del bien o el mal (en el caso de la religión), o la

¹⁰⁰ Ansart Pierre. *Op.cit.* 1983. p. 30

¹⁰¹ *Ibidem.* p. 31

línea roja o la línea negra (para el caso de las ideologías). Esta situación es posible por que ambas son discursos prácticos que se conforman según las exigencias de la pareja legitimación/invalidación.

Ahora bien, en un contexto competitivo por imponer el discurso, la ideología para legitimarse frente al mito y la religión, tiene la obligación de reinventar los argumentos necesarios para establecer valores sociales que conciernan a la acción común, e incitar a cada uno a que actúe de manera correcta dentro de la colectividad, aún cuando sus objetivos corran el peligro de revelar a cada instante su relatividad.

Al legitimarse, la ideología política renueva los propósitos de discursos míticos y religiosos:

En primer lugar, en términos identitarios, consigue establecer un esquema de identificación de individuos, ya que los nombra bajo determinados caracteres por su pertenencia a un grupo en particular; llama a un grupo (ya sea un partido, una clase o una nación) a realizar una acción particular; establece las fronteras del grupo en relación a otros a partir de sus diferencias y crea los instrumentos de sublimación necesarios para interpelar a individuos con el objeto de mantener las lealtades hacia la colectividad, para lograrlo debe establecer el juego de las identificaciones de ego con el grupo¹⁰².

En segundo lugar, la ideología política renueva la función tradicional de los mitos y religiones, al conseguir asegurar el consenso social, construyendo un modelo, un paradigma de lo social que señale y justifique las posiciones sociales, es decir, establece una imagen de las distribuciones sociales, de las igualdades y desigualdades, y proporciona un verdadero saber en lo que se refiere al sistema social.

Por otro lado, siguiendo con sus características, la ideología crea discursos unificantes, pues arregla y sintetiza, separa ordenado, designa cada parte y

¹⁰² Ibidem. p. 32

la identifica pero, simultáneamente, la pone en relación recíproca y desigual con otras. Su especificidad reside en el doble movimiento que define su propia lógica de relaciones: cada parte está dada inmediatamente con relación a un conjunto, a una estructura que justifica la existencia lo mismo que las obligaciones¹⁰³.

Un aspecto importante que se debe considerar es que la ideología política se constituye por la designación y la legitimación de los detentadores de la autoridad. Es decir, toda ideología instaaura una imagen de poder, de su naturaleza y las condiciones de su ejercicio. La legitimación es conseguida mediante un proceso parcial de selección de datos pues el objetivo de una ideología es construir un doble razonamiento de invalidación y validación de los sistemas de poder. El discurso demuestra el carácter ilegítimo o inferior de todas las otras posibilidades históricas, o al menos, lo inadecuado que resulta ser cualquier otro modelo para la situación presente. Al hacer esto, designa y provee las interpretaciones necesarias para condenar y rechazar otras formas de poder. Asimismo, cualquiera que sea el énfasis al cual apele, el discurso de legitimación debe nombrar a los detentadores legítimos de los diferentes poderes e indicar las condiciones de su reclutamiento y autoridad¹⁰⁴. Por ejemplo, la ideología revolucionaria designa con precisión a los detentadores del poder enemigo, explica claramente los daños y las razones de su legitimidad, utiliza algunas fórmulas lingüísticas asociadas a generar o revivir estigmas.

Con las características vistas hasta ahora, se puede aseverar que la ideología política constituye de las tres grandes modalidades del imaginario social –junto con el mito y la religión–, la forma discursiva más favorable para la expresión y la intensificación de los conflictos. En las tres modalidades siempre se encuentra en juego la misma cuestión: el sentido común universal, que transmitirá las representaciones colectivas que conciernen a las finalidades y a las acciones legítimas.

¹⁰³ Ibidem. p. 33

¹⁰⁴ Ibidem. p. 34

Las ideologías modernas se caracterizan además por hacer uso de aquellos elementos que les permitieron a las otras modalidades tener éxito, como es el hecho de cargar su verbo de afectividad, de tal forma que el valor político que se pretende introducir no presenta al sujeto una gama de posibilidades entre las cuales elegir, sino por el contrario afirma que existe en él una verdad moral a la cual es indigno y degradante sustraerse. El verbo provoca, interpela al ego con el afán de ganar seguridad por afirmar la verdad en sus elecciones. Así explica Pierre Ansart que este discurso se dirige individualmente a cada uno, con el propósito de provocar la adhesión “sincera”, en la medida en que procurará provocar el juego de las identificaciones y culpabilidades y es que el carácter apasionado de los llamamientos políticos no es un aspecto secundario, pues es a partir de éste como se produce el afianzamiento de la legitimidad: en la medida en que las dicotomías afectivas que se ponen en juego, se convierten en un llamado a la vinculación, a la confianza, a la identificación, la admiración; por otro lado, el posicionarse implica la invalidación de “lo Otro”, es decir, se convierte en un llamado a la desconfianza, al desprecio, al odio. Con base en lo anterior, toda energía de las pasiones se puede invertir en el conflicto ideológico y comunicar la violencia más radical¹⁰⁵.

En términos más pragmáticos el discurso político tiende a utilizar ideas generales en pro de una identificación más amplia, para ello utiliza una clase de palabras articuladas de tal forma que la argumentación les imprima un significado particular y exclusivo a algunas de ellas. Podría decirse que todo discurso político “es el reconocimiento de una situación política y la defensa o recomendación de una respuesta a ella en términos de un vocabulario especial que se entiende relacionado con la actividad política”¹⁰⁶.

En la práctica no es fácil caracterizar al discurso político, y más porque se encuentra imbricado en cualquier relación social. Sin embargo, puede considerarse, de acuerdo con Silvia Gutiérrez, como un tipo de campo discursivo compuesto por los siguientes rasgos:

¹⁰⁵ Ibidem. p. 36

¹⁰⁶ Oakeshott, Michael. *Op.cit.* 2000. p. 81

1. Es un discurso que define lo político, tanto lo que se refiere a la organización del poder como a sus ámbitos, sus actores y sus medios y fines, no se dirige tanto a convencer al adversario, como supone la retórica tradicional, sino a conocer, distinguir y confirmar a los partidarios y a atraer a los indecisos;
2. Es un discurso estratégico, en la medida en que define propósitos, medios y antagonistas;
3. Manifiesta propiedades performativas, lo que significa que quien lo sustenta no se limita a informar o transmitir una convicción, sino también produce un acto, expresa públicamente un compromiso y asume posición;
4. Tiene una base esencialmente polémica: la enunciación política parece inseparable de la construcción de un adversario;
5. Es un discurso argumentado que se presenta como tejido de tesis, argumentos y pruebas destinados a esquematizar y teatralizar, de un modo determinado, el ser y el deber ser políticos ante un público determinado y en vista de una intervención sobre este público¹⁰⁷.

2.2 Funciones estratégicas

Como ya se señaló, a través del discurso político -y la relación que guarda entre lenguaje, ideología y poder-, se construyen y reproducen realidades, por tal motivo resulta importante evidenciar las llamadas “funciones estratégicas” que se esconden en él, porque éstas aparecen en la medida en que se relacionan situaciones y procesos políticos con estructuras discursivas y niveles de organización del discurso mediante una categoría intermedia, y permiten reconocer aquellos elementos que contribuyen a entender los fenómenos que las personas consideran intuitivamente como “políticos” y obviar otras funciones como la informativa, la lúdica, etc.

¹⁰⁷ Gutiérrez Silvia. *Op.cit.* 2000, p. 6 y 7

Ahora bien, lo anterior forma el contexto que permite saltar hacia la clasificación propuesta por Chilton P. y Schäffner C., sobre las distintas funciones estratégicas que cumple el discurso político:

- **COERCIÓN.** Actos de habla respaldados por sanciones (legales y físicas): órdenes, leyes, edictos, etc. Son aquellos roles discursivos que las personas no pueden evitar fácilmente, o que es posible que ni siquiera perciban, como contestar preguntas espontáneas, cumplir con pedidos, etc. a menudo los actores políticos también actúan coercitivamente mediante el discurso al disponer la prioridad de los asuntos, seleccionar temas de conversación, colocarse a sí mismos y colocar a los demás en relaciones específicas, suponer realidades que los oyentes se ven obligados a aceptar aunque sea en forma provisional para poder procesar el texto o el habla. También es posible ejercer poder mediante el control del uso que los otros hacen del lenguaje, es decir, a través de diversos tipos y grados de censura y control de acceso.
- **RESISTENCIA, OPOSICIÓN Y COMPETENCIA.** Quienes se consideran opositores al poder pueden desplegar en un sentido contrario muchas de las estrategias discursivas utilizadas por los poderosos. Sin embargo, pueden existir formas específicas del discurso de los que carecen de poder. Estas formas incluyen medios de difusión (como el graffiti entre los grupos étnicos marginales, etc.) y estructuras lingüísticas específicas (como eslóganes, cánticos, petitorios, solicitudes, mítines, etcétera).
- **ENCUBRIMIENTOS.** El control político supone el control cuantitativo o cualitativo de la información, el cual es por definición, una forma de control discursivo. Se utiliza la estrategia secreto para impedir que la gente reciba información; el caso inverso es la censura, que impide que las personas brinden información. Existe otra forma de encubrimiento en la que se puede dar información, pero es de forma cuantitativamente inadecuada para las necesidades o intereses de los oyentes

(economizar la verdad). En cuanto al encubrimiento cualitativo, en su manifestación más extrema no es otra cosa que la mentira lisa y llana, pero incluye también diversos tipos de evasivas y formas de negación (“No me opongo a los beneficios, pero...”), o la omisión de la referencia a los actores. El eufemismo, por su parte, produce el efecto cognitivo de dejara “fuera de foco” o “desdibujar” referentes (objetos o acciones) no deseados. También se suele desviar la atención de ciertos referentes problemáticos mediante diversos tipos de significados implícitos.

- **LEGITIMACIÓN Y DESLEGITIMACIÓN.** Los actores políticos, ya sean individuos o grupos, no pueden actuar sólo por la fuerza (salvo casos extremos, donde debe preguntarse si se está todavía en el campo que se puede entender por “política”). Esta es una función que se encuentra estrechamente vinculada a la coerción, puesto que establece el derecho de ser obedecido, es decir la “legitimación”. ¿por qué las personas acatan regímenes y políticas muy diferentes? Las razones de la obediencia deben comunicarse lingüísticamente, ya sea en forma explícita o implícita. Entre las técnicas utilizadas se incluyen argumentos sobre los deseos de los votantes, principios carismáticos, el alarde sobre los propios logros, y la autopresentación positiva. Una contraparte esencial es la deslegitimación: los otros (extranjeros, “enemigos internos”, oposición institucional, oposición desleal) deben ser presentados negativamente, para lo cual se recurre a técnicas tales como: utilizar ideas de diferencia y fronteras, y actos de habla como culpar, acusar, insultar, etcétera.

El análisis del comportamiento lingüístico en relación a estas funciones estratégicas propuestas, equivale a considerar políticamente dichos comportamientos, a politizarlos. A lo largo de este siglo muchas actividades de la vida social fueron politizadas de esta manera, así, estudios como los de Foucault resultan imperiosos, ya que evidencian aquellas consideraciones entendidas como “naturales” (no políticas), tales como reconocer a los

enfermos como inferiores y marginados¹⁰⁸, hoy estas interpretaciones se han hecho extensivas hacia otros grupos tales como los “extranjeros”, las mujeres los homosexuales y a los discapacitados. Este fenómeno de politización borró las fronteras entre la política institucional y no institucional.

¹⁰⁸ Véase en Michel Foucault. *Op.cit.* 2002.

CAPITULO III. IDENTIDADES Y DISCURSO POLÍTICO EN EL ESCENARIO ACTUAL

En este capítulo se pretende abordar el análisis identitario, a partir de su inserción en coordenadas histórico-temporales específicas, pues un factor clave para el análisis de las identidades se refiere a observarlas como producto de relaciones históricamente determinadas entre individuo y sociedad. Es decir, las identidades se encuentran referidas a coordenadas sociales específicas en las que cobran sentido y direccionalidad; son constructos históricos definidos y definibles a partir del entendimiento de su pertenencia a contextos sociohistóricos particulares.

Lo anterior permitirá entender a las identidades a partir de la reciprocidad que se produce por el interjuego del organismo, la conciencia individual y la estructura social, y su reacción sobre ésta última, ya sea manteniéndola, modificándola o aun reformándola. Es decir, las sociedades tienen historias mediadas por prácticas específicas, en cuyo curso emergen identidades con caracteres específicos¹⁰⁹.

Ahora, resulta importante analizar a las identidades dentro del contexto de finales del siglo XX principios del siglo XXI. Sin embargo, dada nuestra pertenencia, se dificulta la separación con el objeto de estudio, por ello, es necesario caracterizarlas con base en un esquema comparativo. Es decir, el presente estudio, parte analíticamente a las identidades en dos, se concibe un antes y un después, a partir de un cisma: “la caída del muro de Berlín”.

Para realizar esto, es importante señalar dos cuestiones, por un lado se retoma la mirada de sociólogos contemporáneos que se han dado a la tarea de identificar los cambios que se han producido y que han dado lugar a la configuración de los nuevos elementos identitarios. Finalmente, por otro lado, se recurre al discurso democrático para destacar el contenido ideológico que les imprime dicho esquema político.

¹⁰⁹ Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *Op.cit.* 1998. p.p.216

3. 1 Antecedentes. Las identidades amplias y los discursos políticos homogeneizantes

Resulta preciso iniciar el análisis señalando ciertos antecedentes como es el caso de la forma en que se conforma, en términos generales, la concepción de la identidad occidental. Para ello es importante remitirse a Giddens quien señala que con la modernidad, se expanden los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII¹¹⁰, y con ello aparatos simbólicos de entendimiento del mundo.

Es decir, a partir de estas formas de organización social, se imprime la moderna noción de realidad que se estructura de acuerdo a ciertos principios ordenadores, entre los más importantes, se encuentra la aparición de la noción de subjetividad, es por ello que se destaca la aportación hegeliana, para quien dicho principio surge bajo las siguientes condiciones:

- Individualismo, noción que exalta la capacidad del individuo para hacer valer sus pretensiones.
- Derecho a la crítica, se fomenta la exigencia de justificación de toda pretensión de validez.
- Autonomía de la acción, se enfatiza en la facultad de cada sujeto para asumir las consecuencias de sus actos y responder por ellos¹¹¹.

Así la modernidad opera este principio de subjetividad a partir de la construcción de campos autónomos diferenciados según el nivel de racionalidad implicado en ellos; de ahí que la ciencia, el mercado, el arte, la religión, etc., se separan según el tipo de normatividad racional que generen los sujetos que actúan en cada uno.

Sin embargo, a pesar de su fragmentación, la sociedad moderna es concebida como una entidad que engloba en un todo y es capaz de articular las distintas esferas por contradictorias que sean. De tal manera que “más allá del inmenso cambio que lleva del pensamiento de un Comte al de un Luhman; se adivina

¹¹⁰ Giddens, Anthony. *Consecuencias de la Modernidad*. 2001. p. 15

¹¹¹ Cfr. Habermas, Jürgen. *Discurso filosófico de la modernidad*, 1989.

una misma idea de lo social: la sociedad es una totalidad unida, una unidad funcional”¹¹².

En este sentido, la razón moderna se orienta hacia la legitimación de las rupturas con la tradición, por lo que tienen como objetivo el establecer sus fundamentos desde la propia noción de modernidad (sin recurrir a modelos de orientación en los que el pasado tenga peso, como es la presencia de Dios o un sujeto trascendente), para ello, imprime un nuevo criterio de legitimidad en el discurso, el cual se basa en la exigencia de un cuestionamiento a toda pretensión de validez, así, la verdad exige su corroboración empírica, de ahí que el papel de la ciencia cobra importancia, puesto que sustenta la razón, entendida como última instancia de apelación¹¹³.

De tal manera que estos dos presupuestos traen como consecuencia la existencia de ciertas reglas, tales como argumentar con el único fin de conseguir consenso (homologeneizar las opiniones e ideas), el aludir a un único referente se convierte en garantía de la posibilidad de ponerse de acuerdo, la paridad entre los “compañeros”, e incluso el reconocimiento indirecto de que se trata de un juego y no de un destino, puesto que de él se encuentran excluidos todos los que no aceptan las reglas por debilidad o torpeza¹¹⁴.

En términos de Lyotard, los grandes discursos clasistas asociados a proyectos globales de sociedad conformaron los grandes relatos de la modernidad:

- La humanidad como héroe de la libertad;
- todos los pueblos tienen derecho a la ciencia;

¹¹² Lyotard, Jean-Francois. *La condición posmoderna*. 2000. p. 32

¹¹³ La idea de razón se apoya en la ciencia, y esta díada incide en la noción de verdad que necesitan construir las estructuras discursivas; de ahí que sea necesario aludir los nuevos presupuestos y requerimientos del saber científico, para ello Lyotard señala como elementos: a) toda proposición implica una serie de tensiones en torno a la verificación, en la que se regula la aceptabilidad del enunciado, entre el destinador, quien emite un argumento que apela a la verdad puesto que se fundamenta en probar lo que dice; un destinatario, quien acepta o niega el enunciado y es sometido a la misma doble exigencia de demostrar o refutar al destinador su dicho, lo cual implica un juego dialéctico de la investigación y , b) la formación de iguales, ya que el saber científico requiere ser transmitido para generar destinatarios con idéntica competencia, en relación al entendimiento.

¹¹⁴ Ibidem. p. 58

- narración de la historia a través de un “metasujeto”;
- hermanamiento del poder político con el saber científico;
- emancipación del sujeto razonante o trabajador.

En este sentido, la modernidad genera una noción de identidad que privilegia la identificación de rasgos comunes entre los sujetos, es decir, pretende encontrar su esencia como representación de la verdad en cada uno, lo cual implicaba entender al hombre como un ente fijo, inmutable y definitivo.

Así, la noción de identidad se generaliza como una solución binaria que es entendida como la búsqueda de definiciones unívocas sobre sí mismos y los otros, lo cual dota al sujeto de tranquilidad certeza y sentido, ya que encuentra respuestas claras sobre su ser en el mundo y su relación con el Otro y un lugar dado que puede saber quién es él, quiénes son los Otros y supone como éstos lo observan. De esta forma el sujeto adopta una postura en relación a las diferencias o semejanzas que encuentra con el Otro generándose una lógica excluyente de aceptación o rechazo, que puede ser ejemplificada sobre la presencia de conceptos binarios: femenino vs. masculino, burguesía vs. proletariado, socialismo vs. capitalismo, etc.

En este sentido, la modernidad refuerza esta lógica de antagonismos en la medida que tienen la intención de explicar lo social, sobre la base de una verdad unitaria y totalizadora, de ahí que las identificaciones se construyan desde los grados polos de atracción del sentido moderno: los Estados nacionales, las instituciones políticas y la construcción del futuro, sustentadas en la posibilidad de dirigir a la sociedad hacia el progreso material.

Ahora bien, en este contexto se puede señalar la aparición de *identidades amplias*, aquellas que se caracterizan por tener una imagen de sí, tienen una idea clara de enemigo, y un proyecto global de sociedad.

Las identidades amplias logran conformarse con la consolidación del capitalismo industrial y el crecimiento del Estado Nación, pues su conformación

va acompañada de nuevas prácticas políticas de nuevos modelos culturales y grandes discursos totalizadores.

Es decir, en este momento, las identidades se construyen sobre el pasado del grupo, particularmente sobre momentos “preferentes” de su historia (una huelga, la creación de un partido de clase o de una organización con alcance importante en el grupo). Un segundo factor de la identidad es el presente del agrupamiento, la situación común en una estructura social: puede tratarse de una estructura económica, en el caso de las clases, o de un campo cultural. Compartir una situación puede ser la causa de una identidad propiamente dicha (una comunidad racial, étnica, de género o generacional) o puede tratarse de una identidad adquirida socialmente (nivel de ingresos, posición en la estructura productiva, etc.). Por último, una identidad se construye con un *futuro común*, un proyecto, una utopía. Este es un nivel más propiamente político de las identidades colectivas¹¹⁵.

Las utopías fueron los fundamentos y el cimiento de los grandes movimientos sociopolíticos. Las identidades se construyeron sobre la fe en un futuro. Proliferaron los grupos revolucionarios perneados por el entusiasmo que había propiciado la puesta en práctica de un sistema económico alternativo. Fueron años de hiperideologización de los movimientos sociales, en que las doctrinas dieron su cohesión a los grupos. Es decir, los años 60 y 70 se caracterizaron por una polarización e inflación ideológica que permeó decisivamente la manera de concebir al Otro, la identidad era definida partir de la adopción de cierta manera de concebir al mundo, a partir de estructuras binarias (como capitalismo versus socialismo, marxismo vs. leninismo, etc.), que resultaron ser efectivas como esquema para entender las posiciones políticas y los conflictos derivados de la presencia de aquel Otro. En esta etapa resultaban pertinentes definiciones de la política como la propuesta por Carl Schmitt, quien afirma que esta aparece a partir de la relación amigo/enemigo, es decir, el Otro, desconocido y por ende diferente, se clasifica como una amenaza que pone en riesgo la propia existencia.

¹¹⁵ Paris Pombo Ma. Dolores. *Crisis e identidades colectivas en América Latina*, 1990. p. 86

Esta perspectiva se ha transformado. En 1989, con la caída del muro de Berlín, fecha que trajo consigo no sólo el colapso de un proyecto económico-político; sino el derrumbamiento de un conjunto de ejes clasificatorios y de hitos simbólicos que hacían la trama del panorama político. Desde entonces, los conflictos existentes ya no permiten estructurar identidades colectivas y ordenar las opiniones en juego. Por consiguiente, la política democrática ve disminuida su capacidad de apaciguar y encauzar una incertidumbre más y más apremiante. Ya que de acuerdo con Norbert Lechner, el desplome de las ideologías, trajo consigo un signo de realismo; en lugar de someter la realidad social a un esquema prefabricado, se asume la complejidad social. Más esta complejidad resulta ininteligible en ausencia de claves interpretativas, pues lo que hacían las ideologías era precisamente reducir la complejidad de la realidad social¹¹⁶.

Los años ochenta están marcados por la derrota, en la mayoría de los países, de ese voluntarismo revolucionario, y por la retirada de las grandes utopías. Los movimientos sociales parecen estrechar sus alcances y sus miras, la construcción de identidades se restringe a la comunidad, a la banda, al barrio, al pequeño grupo cohesionado por relaciones interpersonales. Renunciando al universalismo, las identidades han tendido cada vez más a retirarse hacia lo privado.

3.2 Las identidades y el actual discurso democrático

La crisis de los mapas¹¹⁷ ideológicos que trajo la caída del muro de Berlín, con el paso del tiempo se tradujo en una erosión de los mapas cognitivos, pues la sociedad no cuenta con los códigos adecuados para dar cuenta de la nueva complejidad social. Los esquemas tradicionales con sus distinciones entre política y economía, estado y sociedad civil, público y privado ya no logran

¹¹⁶ Lechner Norbert. *Las sombras del mañana*. 2002. p. 28

¹¹⁷ “El mapa es una representación simbólica de la realidad mediante la cual estructuramos un mapa espacio-temporal. Los mapas nos ayudan a delimitar el espacio, trazar límites, medir distancias, establecer jerarquías, relevar obstáculos y entornos favorables... Los mapas nos permiten visualizar prioridades, fijar metas y diseñar trayectos adecuados al terreno. En fin, a enfocar las cosas en sus debidas proporciones... Construimos mapas mentales para hacernos una idea del mundo y ordenar la complejidad de los asuntos humanos en un panorama intellegible”. Ibidem. p. 27

representar adecuadamente el nuevo entramado. Su expresión más notoria es representada por dos cuestiones, una ola de expresiones que enfatizan la presencia de una etapa distinta; y, dado el afianzamiento del sistema económico capitalista, el surgimiento del fenómeno de la globalización.

3. 2. 1 Las identidades en el contexto del nuevo siglo

En el primer plano, se hace alusión a la perspectiva posmoderna, pues hace evidentes los cambios en la cuestión discursiva, primordial para este trabajo.

Hablar de *posmodernidad* resulta pertinente, pues se ésta alude a una crisis de la autoridad cultural, concretamente de la autoridad conferida a Europa Occidental y sus instituciones, en donde el inicio de esta nueva era posmoderna se caracteriza por la coexistencia con culturas diferentes, lo cual permite, observar dubitativamente la noción misma de cultura, puesto que se hace insostenible concebirla como homogénea y monolítica, como en otro tiempo se creía que lo era. También se encuentra referida a la incredulidad respecto de los metarrelatos, al desuso del dispositivo metanarrativo de legitimación que corresponde especialmente a la filosofía metafísica, y a la institución universitaria que dependía de ella¹¹⁸.

En este sentido, la posmodernidad es entendida como un paso hacia un estadio diferente al moderno, el cual acaba, de acuerdo con Vattimo, cuando deja de ser posible hablar de la historia como algo unitario puesto que se devela el carácter ideológico de sus representaciones, por lo que consecuentemente, se desquebraja la noción de progreso, ya que si no hay un curso unitario de las vicisitudes humanas no podrá sostenerse tampoco que éstas avancen hacia un fin, que efectúen un plan racional de mejoras, educación y emancipación, por lo tanto, ante la disolución de la idea de historia como curso unitario, la posmodernidad plantea que no hay historia única, sino una multiplicidad de nociones del pasado, propuestas desde diversos puntos de vista, y es ilusorio pensar que hay un punto de vista supremo, comprensivo, capaz de unificar todos los restantes¹¹⁹.

¹¹⁸ Ibidem, p. 10

¹¹⁹ Vattimo, Gianni. *La sociedad transparente*. 1990, p. 74, 75 y 76.

En síntesis, para Lyotard “no hay discurso teórico aislado...” Esta posición es parte de la condición posmoderna, en la que los *grands récits* (grandes relatos) de la modernidad –la Dialéctica del Espíritu, la emancipación de los trabajadores, la acumulación de riqueza, la sociedad sin clases-, han perdido credibilidad. Lyotard define un discurso como moderno cuando apela a uno u otro de esos *grands récits* para legitimarse; entonces, el advenimiento de la posmodernidad señala la crisis en la función legitimadora de la narrativa, su habilidad para obtener consenso. Argumenta que la narrativa está fuera de su(s) elemento(s), “los grandes peligros, los grandes viajes, el gran objetivo”, y en cambio “se ha dispersado una nube de partículas lingüísticas, narrativas, sí pero también denotativas, prescriptivas, descriptivas, etc., cada una de ellas con su propia valencia pragmática... Hoy, cada uno de nosotros vive en la vecindad de muchas de esas partículas. No formamos necesariamente comunidades lingüísticas estables, y las propiedades de las que formamos parte, no son necesariamente comunicables”¹²⁰.

Lyotard observa pervertido al discurso científico, base de la etapa moderna, pues señala que en esta etapa post-industrial, está validado por un discurso legitimado de sus propósitos, es decir, está legitimado por el lenguaje, por los discursos construidos alrededor, por las informaciones y los medios que informan, por las teorías de la comunicación y la informática, etc. Y con ello muestra que dicho saber ha sido pervertido. En este sentido, la ciencia es producida para ser vendida y, es consumida para ser valorada a la luz de la nueva producción. Bajo este nuevo esquema, deja de ser en sí misma su propio fin y pierde su valor de uso; prueba de ello es que en las últimas décadas la ciencia se ha convertido en la principal fuerza de producción¹²¹.

Por lo que Lyotard se pregunta: ¿Quién decide lo hay que saber y quién sabe lo que conviene decidir?

¹²⁰ Owenw, Craig. “El discurso de los otros: las feministas y el posmodernismo”, en Baudrillard, J., Habermas, J., et, al. *La posmodernidad*, 1998. p. 104.

¹²¹ Lyotard, Francois. *Op.cit.* 2000. p. 16

Y con ello nos conduce hacia el dilema de la legitimidad del discurso científico, es decir, cabe preguntarse ¿qué es lo que hizo a los grandes relatos de la modernidad narraciones maestras, si no el hecho de que todas eran narraciones de dominio del hombre buscando su *telos* en la conquista de la naturaleza? ¿qué función tuvieron esas narraciones, sino la de legitimar la misión que se adjudicó el hombre occidental de transformar todo el planeta a su propia imagen? ¿y que forma tomó esta misión sino la del hombre imponiendo su sello en todo lo existente, es decir, la transformación del mundo en una representación, con el hombre occidental como su tema?

Sin embargo, se responde que no es el criterio de validez dado por el contenido de la ciencia, sino se trata del criterio tecnológico de la performatividad, quien determina la validez de los conocimientos, sobre los cuales se funda la verdad o falsedad para desecharla o incluirla, puesto que cumple con la función de optimizar las actuaciones de los programas del sistema.

A partir de estos elementos se estructura la crítica posmoderna, que le va permitir anteponer al saber científico, un saber narrativo, cuyos elementos son los siguientes:

1. El saber en general no se reduce a la ciencia, por lo que el conocimiento no se concibe como el conjunto de enunciados que denotan o describen, sino como una mezcla de ellos en relación a las ideas del saber-hacer, saber-vivir, saber-oir, etc. Se trata entonces de competencias que exceden a la determinación y aplicación de un único criterio de verdad, por lo que en esta noción de saber se comprenden tanto los criterios de eficiencia, como de justicia, belleza, cromática, es decir, saber es lo que hace a cada uno capaz de emitir buenos enunciados denotativos, prescriptivos y valorativos.
2. Lo anterior permite entender la afinidad que existe entre el saber y la costumbre, puesto que los criterios de lo bueno y lo malo implican el establecimiento de una carga de sentido compartido por una comunidad lingüística, por tal motivo, el relato se convierte en una forma narrativa del saber tradicional que permite articular, la separación moderna entre

el estado consuetudinario del saber y el que le es propio en la edad de la ciencia.

3. El relato permite, por un lado, definir los criterios de competencia que son los de la sociedad donde se cuentan, y por otro, valorar gracias a esos criterios, las actuaciones que se realizan o pueden realizarse con ellos; admite una pluralidad de juegos de lenguaje.

Cabe hacer un paréntesis para señalar lo que Lyotard describe como reglas narrativas del juego del lenguaje. Primero, las reglas no tienen legitimación en sí mismas, sino que se validan mediante el contacto entre jugadores (emisor y receptor). Segundo, sin reglas no hay juego; si se modifican las reglas es otro juego el que se inaugura. Tercero, todo enunciado debe ser considerado como una jugada hecha en un juego mayor, es decir, hablar es combatir, ya que los actos del lenguaje se derivan de una agonística general¹²².

Así, el relato deja de percibir con claridad el modo en el que la tradición de los relatos es al mismo tiempo la de los criterios de una triple competencia, saber-decir, saber-escuchar y saber-hacer, donde se ponen en juego las relaciones de la comunidad consigo mismas y con su entorno. Lo que se transmite con los relatos es el grupo de reglas pragmáticas creadas por los propios sujetos, mismas que constituyen su lazo social.

Por lo tanto, el saber, bajo esta condición del hombre es un conocimiento siempre parcial, inconmensurable por posible, donde los juegos del lenguaje serán entonces juegos de información completa en el momento considerado, pero siempre juegos parciales como para poder tomar posiciones de equilibrio mínimas. Así desaparecen los grandes relatos y metarrelatos narrativos o científicos, para dar paso a la multiplicación de las verdades parciales concretadas en mínimos discursos validados sólo parcialmente y por un tiempo finito.

Ahora bien, la formación de la identidad en esta perspectiva del saber posmoderno reconoce el papel del lenguaje, como un elemento que permite la

¹²² Ibidem, p. 27

creación y reconocimiento de múltiples realidades, puesto que ya no se encuentran subordinadas a un criterio de verdad totalizante y homogéneo, que ignoraba el peso de la costumbre y su función estructurante y generadora de legitimidad, por la creación de reglas pragmáticas dadas al interior de las relaciones sociales.

Así, bajo esta noción se puede pensar a la identidad ya no como una solución binaria que necesariamente tiende a generar oposiciones conflictivas en torno al ellos – nosotros, sino que, dada la multiplicidad de relatos con los que cuenta el sujeto para constituir la definición del sí mismo, es entendida además como una fase relacional, es decir, la solución binaria de la identidad reconoce a la diferenciación como un momento constitutivo de la identidad; una diferencia que, aunque se forme en oposición, es relacional y no necesariamente conflictiva. Se convierte en un estadio en transformación permanente, en virtud de que los relatos se transforman por el tipo de discursos sobre los cuales se estructuran los sujetos, por ello ya no se puede pensar a las identidades sobre la base de la antigua manera, misma que implicaba el establecimiento de una lógica de opuestos.

La posmodernidad introduce como reto el análisis de los procesos discursivos que constituyen identidades distintas, así como el observar de qué manera las identidades se transforman por medio de la introducción de sus nuevas prácticas, pues éstas generan discursos diferentes, sujetos a distintas reglas en el lenguaje.

Aunque cabe señalar, que dichas prácticas son renovadas para multiplicar las diferencias, es decir, parafraseando a Marcel Gauss, quien dice que “lo próximo, lo personal, lo afectivo, lo erótico, lo imaginario, rescatados del mundo inferior de las pasiones y de las tradiciones, reaparecen, ya no para vengarse de la racionalización y eliminarla, sino para acrecentar sin pausa la diversidad y la complejidad de nuestra experiencia y de nuestros modelos de sociedad y de cultura”¹²³, es decir, a pesar de que esta nueva etapa histórica trae

¹²³ Citado en Touraine, Alain. *Igualdad y Diversidad. Las nuevas tareas de la democracia*, 2002. p. 86

aparejada la composición de una estructura de pensamiento distinta, aún son rescatados muchos de los elementos de antaño.

Hasta aquí se han evidenciado los cambios con principios ordenadores ligados a una base sustancial, en el contexto de la propuesta posmoderna. Ahora bien, el segundo elemento a considerar son las transformaciones que trae aparejadas el fenómeno de la globalización.

La globalización es un modelo de organización económica que ha sido entendido como una etapa de evolución natural del modo de producción capitalista. Es decir, desde el siglo XVI, la emergente dinámica capitalista abarca y transforma radicalmente cada vez nuevos continentes, espacios, rincones de la vida social tradicionales, a tal grado que hoy todo el globo opera en el seno de este marco y sistema de reglas de una división del trabajo obligatoria y sin excepción, conocida como: “economía mundial capitalista”, la cual ha operado según su natural lógica expansiva que tras siglos de maduración, se torna necesariamente mundial¹²⁴.

De esta forma, la globalización trae aparejada un nuevo tipo sociedad, que de acuerdo con Castells podemos llamarla *sociedad red*, la cual, si bien ha existido en otros tiempos, el nuevo paradigma de la tecnología de la información proporciona una base material compuesta por redes¹²⁵ que se extienden a través de toda la estructura social, pues marcan los procesos sociales dominantes, tales como los mercados de la bolsa y sus centros auxiliares de servicios avanzados en la red de flujos financieros globales, así como en los consejos nacionales de ministros y los comisarios europeos en la red de política que gobiernan la Unión Europea, los campos de coca y amapola, los laboratorios clandestinos, las pistas de aterrizaje secretas, las bandas callejeras y las instituciones financieras de bloqueo de dinero en la red de

¹²⁴ Un ejemplo de ello es que el comercio global ha crecido 12 veces desde el establecimiento del primer organismo supranacional comercial, en 1948. la proporción del comercio en el total de la producción se ha visto incrementada en todas las regiones del mundo, excepto en África y América Latina. Cfr. En Casals Carles. *Globalización. Apuntes de un proceso que está transformando nuestras vidas*, 2001. p. 24.

¹²⁵ Una red es un conjunto de nodos interconectados. Un nodo es el punto en el que una curva se intercepta así misma. Lo que un nodo es, depende del tipo de redes a las que se haga referencia.

tráfico de drogas que penetra en economías, sociedades y Estados de todo el mundo, los canales de televisión, los estudios de filmación, los nuevos medios que constituyen la base de la expresión cultural y la opinión pública en la era de la información¹²⁶.

Este tipo de capitalismo es profundamente diferente al de sus predecesores históricos, posee dos rasgos distintivos fundamentales: es global y se estructura en buena medida en torno a una red de flujos financieros. Por lo que estamos presenciando el surgimiento de algo diferente: la acumulación de capital se efectúa y su creación de valor se genera, cada vez más, en los mercados financieros globales establecidos por las redes de información en el espacio atemporal de los flujos financieros. Desde estas redes se invierte el capital a escala global, en todos los sectores de la actividad. Las redes convergen en una metarred de capital que integra, gobierna y unifica las estrategias del capital global basado en la innovación y la contracción descentralizada. Consecuentemente, dada la penetración del capitalismo en toda esfera humana, la configuración en redes nos permiten entender: la adaptabilidad y flexibilidad de los trabajadores y las empresas; la cultura de deconstrucción y reconstrucción incesantes; la política encaminada al procesamiento inmediato de nuevos valores y opiniones públicas; y la organización social que pretende superar el espacio y aniquilar el tiempo¹²⁷.

En otro sentido, la lógica expansiva del capitalismo en la era de la globalización se estructura en un proceso que abre las puertas de lo local a lo mundial y viceversa. Lo local y lo global, no se excluyen mutuamente. Al contrario, lo local comienza a entenderse como un aspecto de lo global. Por lo tanto, la globalización significa también acercamiento y mutuo encuentro de las culturas locales. De hecho, Ronald Robertson propone sustituir el concepto base de la globalización cultural por el de *glocalización*, neologismo formado con las palabras globalización y localización.

Lo interesante de esta etapa es que dada la apertura comercial y el desdibujamiento de las fronteras nacionales, el conocimiento de nuevos

¹²⁶ En Castells Manuel. *Op.cit.* 2000 p.p 505 – 507.

¹²⁷ *Ibidem* p.p 510 – 511.

paisajes y culturas dado el desarrollo tecnológico, aparecen nuevos actores político-económicos que hacen dar el paso de la llamada hegemonía estatal, cuyo poder era un monopolio al interior de la nación, a una hegemonía difuminada, liderada en distintos momentos y desde distintos centros de poder mundial¹²⁸, pues se rige bajo el principio de la capacidad de imposición según el peso del capitales financieros y las facultad de poder influir sobre estos, de tal manera que dicha hegemonía es detentada por diversos actores frente a los cuales, el Estado ha perdido poder de mando y se ve obligado necesariamente a tener que negociar con ellos. La capacidad instrumental del estado-nación resulta decisivamente debilitada por la globalización de las principales actividades económicas, por la globalización de los medios y la comunicación electrónica y por la globalización de la delincuencia¹²⁹. En este sentido, Beck afirma que la globalización “es una salida de lo político del marco categorial del Estado nacional y del sistema de roles al uso de eso que se ha dado en llamar el quehacer “político” y “no político”¹³⁰. Por otra parte, en términos de adecuación del Estado al nuevo contexto, se ha dicho y es verdad que éste (nacional, central) es hoy demasiado pequeño para las cosas grandes (Unión Europea o la propia ONU) y demasiado grande para las cosas

¹²⁸ En la práctica la emergencia de nuevos poderes que trascienden la estructura estatal, puede ejemplificarse señalando que durante los años 80, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial dijeron a los países del Sur que debían cambiar su modelo económico – intervencionista, basado en la regulación y/o planificación de la economía desde el Estado- por un sistema que diera a la población la oportunidad de participar de una manera más activa en las relaciones comerciales y económicas. Las llamadas nuevas medidas se les llamó Programas de Ajuste Estructural, tenían como trasfondo la redistribución de recursos del país para ponerlos en manos de quienes los pudieran gestionar con mayor eficiencia, lo que para el FMI era la iniciativa privada, ya fuera local o extranjera. Su puesta en práctica comprendió dos momentos: a) la estabilización que implicaba la devaluación de la moneda nacional y una austeridad fiscal que se traducía en reducciones drásticas de los gastos sociales, y proponía la liberalización de los recios, la eliminación de los subsidios y un aumento en la tarificación de los servicios públicos, y b) la etapa estructural, eliminaba las barreras arancelarias cuya función era proteger los mercados interiores, hacía que se privatizaran los bancos, las empresas estatales o vinculadas al Estado y las tierras. Los resultados fueron realmente dolorosos, principalmente para los países del Sur, en los que el desmantelamiento del sistema estatal provocó grandes dislocaciones sociales. Sin embargo, los países ricos se dedicaban a velar por sus empresas con medidas proteccionistas, es decir, cargando tasas y aranceles a las importaciones e inyectando el dinero público que hiciera falta para hacer frente a la competencia exterior, es decir, el Norte preparaba a sus grandes corporaciones para el mundo del siglo XXI: el mundo de la globalización. Con ello se comprueba que lo que la globalización ha eliminado son los modelos nacionales de desarrollo cuyo objetivo es garantizar el bienestar de la población de un país mediante políticas de crecieminto económico con una distribución de la riqueza entre la población. Casals Carles. *Op.cit.* 2001. p.p 41 y 42.

¹²⁹ Castells Manuel. *La era de la globalización*, 2003. p. 272

¹³⁰ Beck Ulrich. *Qué es la globalización*, 1997. p. 15.

pequeñas (Comunidades Autónomas y Administración local), de ahí la gran problemática sobre su nuevo papel.

Lo anterior, en términos identitarios se ha traducido en una pérdida de la facultad cohesionadora alrededor de ciertos factores como lo eran, la nacionalidad, las clases sociales, el Estado, los partidos políticos, las organizaciones sociales tradicionales, la adscripción territorial, las tradiciones y los mitos generados en torno a un pasado, en otros palabras, se ha desgastado su legitimidad sobre a la emisión de discursos cohesionadores en torno a su marco de control político, sin embargo, no por ello desaparecen dichos factores, su presencia en algunos casos sigue siendo crucial, como es el caso de los partidos, sino lo que se intenta señalar es que éstos han perdido su fuerza de captación de adeptos.

Castells quien señala: “en 1978 Nicos Poulantzas escribió: “Lo específico del estado capitalista es que absorbe el tiempo y espacios sociales, establece sus matrices y monopoliza su organización, convirtiéndolos, por su acción, en redes de dominio y poder. Por eso, la nación moderna es producto del estado”. Ya no es así, el control estatal sobre el espacio y el tiempo se ve superado cada vez más por los flujos globales de capital, bienes y servicios, tecnología, comunicación y poder. La captura, por parte del Estado, del tiempo histórico mediante su apropiación de la tradición y la reconstrucción de la identidad nacional es desafiada por las identidades plurales definidas por los sujetos autónomos”¹³¹. Ahora, la sociedad sin Estado mundial no implica la existencia de una sociedad desamparada, sino una sociedad que se abre nuevas oportunidades para experimentar su constitución identitaria sin la intermediación estatal.

La emergencia de nuevas identidades, se explica por la exposición de formas y estilos de vida alternativo, que se presentan como una opción más a elegir sobre como *querer ser*, las nuevas influencias cobran fuerza a partir de la exposición que permite el avance tecnológico, pues ha sido el único capaz

¹³¹ Castells Manuel. *Op.cit.*, 2003. p. 271

de romper las barreras del tiempo y el espacio y lograr con ello una conexión global.

Lechner explica este fenómeno al señalar que las nuevas tecnologías de información y la preeminencia del mundo audiovisual aceleran el cambio en los “mapas mentales” que usan los individuos para clasificar y ordenar la realidad social. Por un lado, la expansión informática del espacio permite una comunicación sin la presencia física de los participantes. Ella modifica no sólo las pautas de sociabilidad, sino la noción del espacio público. Por otro ocurre una fragmentación del tiempo social. La historia se deshace en una secuencia de episodios autosuficientes. La multiplicidad de códigos interpretativos y la velocidad con que circulan informaciones y símbolos aceleran la obsolescencia de las experiencias pasadas e instalan una especie de presente autista, caracterizado por ser una secuencia de actos sin relación histórica entre ellos.

Ahora bien, en este contexto de amplia exposición para las identidades, conviene tener presente el hecho de que las opciones se encuentran mediadas por el mercado y el consumo, a tal grado que hoy se afirman como una sociedad de mercado que se acompaña por una cultura del consumo. La primera implica hacer del mercado el principio organizativo de la vida social, lo cual supone un cambio deliberado de las prácticas y representaciones de la convivencia. Basta ver cómo el mercado impone una “individualización” de la responsabilidad y de la flexibilización del vínculo social que modifican drásticamente nuestras formas de “vivir juntos”. Así, la libertad de elegir del consumidor no está restringida a la elección de bienes y servicios; ella se encuentra incorporada a un nuevo imaginario colectivo. La imagen del individuo consumidor justifica la misma autonomía para elegir el número de hijos, su religión o sus costumbres sexuales. El imaginario del mercado y del consumo refuerza la auto imagen del individuo al mismo tiempo que relativiza la autoridad normativa de padres e iglesias y el rol de la educación escolar en la conformación y transmisión de un acervo cultural compartido. La segunda, implica una redefinición de los significados sociales, pues a través de la televisión, la publicidad y otros dispositivos, la cultura del consumo influye de

manera determinante sobre el modo en que las personas se conciben a sí mismos y al Otro.

La cultura de consumo tiene profundos impactos sobre el estilo de convivencia, por ejemplo: 1) El paso de la acción colectiva, propia del mundo productivo, a la estrategia individual típica del consumo. Es a través de ella que el individuo se define a sí mismo, 2) La identidad individual suele prevalecer por sobre la colectiva. Consumir es un acto social que simboliza identificación y diferenciación respecto a otros. Conformar identidades pero de manera transitoria y tentativa, sin la densidad de las antiguas identidades de clase. 3) La flexibilización de la regulación laboral. La des-regulación implica que la protección del trabajo en tanto bien público pasa a un plano secundario en relación a la libertad del consumidor. 4) Los imaginarios sociales se nutren más de la publicidad que de la experiencia laboral. 5) El consumo modifica el horizonte espacial. En la sociedad industrial el trabajador está ligado a un lugar relativamente fijo y, por ende, inserto en relaciones sociales duraderas. El consumidor en cambio, está inmerso en el flujo de bienes nacionales e importados, que no están limitados por su ubicación territorial. 6) El consumo introduce otra temporalidad, en tanto que el trabajo requiere una planeación del tiempo en relación a la meta proyectada, el consumo vive al instante. Las gratificaciones diferidas al futuro son reemplazadas por la satisfacción instantánea del deseo. El consumo contribuye pues a la aceleración destiempo y a un creciente “presentismo”, a la vez que dificulta los procesos de aprendizaje y maduración. 7) Finalmente, existe una tendencia a desplazar la ética por la estética. La conducta social ya no se orienta tanto por una “ética del trabajo” (que valora la vocación, la autodisciplina y la gratificación diferida) como por criterios estéticos. La manera de percibir y valorar a las personas (“la apariencia”) y los objetos (el diseño) tiende a inscribirse en una estetización generalizada de la vida cotidiana¹³².

Es decir, siguiendo a Bauman, del entramado global se aíslan símbolos culturales y se tejen identidades de varía índole, y advierte que bajo estas

¹³² Lechner Norbert. *Op.cit.* 2002. pp. 107 y 108

circunstancias, la industria de la autodiferenciación local se convierte en uno de los rasgos distintivos (globalmente determinados) de las postrimerías del siglo XX. Los mercados globales de bienes de consumo, junto con las informaciones, hacen indispensable elegir lo que se debe absorber, pero la manera y modo de elección se decide a nivel local o comunitario para asegurar nuevos distintivos simbólicos para las identidades extinguidas y resucitadas, o reinventadas o hasta ahora solamente postuladas, de tal forma que la comunidad es redescubierta y expuesta ante lo global¹³³, lo cual, en algunos casos ha permitido conectar transcontinentalmente, rasgos y problemáticas comunes.

Consecuentemente, estos cambios han implicado también transformaciones en torno a las distintas estructuras del pensamiento, es decir sobre las formas de concebir al mundo, que quizá puedan afirmarse como ideologías, pero que al ser tantas, dado la combinación de lo novedoso con lo tradicional, resultan ser difuminadas, a tal grado que se han perdido los referentes unímodos y con ello la lógica binaria para interpretar a lo Otro¹³⁴. Estas nuevas coordenadas – ideológicas- se pueden esquematizar del modo siguiente:

- El sistema mundial es relativizado por lo que se ha dado en llamar “los dos mundos de la política mundial”, pues no existe una sola sociedad global, sino por lo menos dos en reciproca competencia: la sociedad de los Estados (nacionales) y la de las múltiples organizaciones transnacionales, actores, grupos e individuos varios que tejen y destejen una infinidad de redes de relaciones sociales.
- En este contexto se observa que la teoría de la unidad fundamental del quehacer funcional de un sistema orgánico y controlado, es subsumida por la del riesgo mundial, pues cobran fuerza una serie de consecuencias no deseadas por las decisiones tomadas en el pasado. Bajo este esquema, existen riesgos que amenazan a la globalidad, cuya construcción emerge del ámbito social y/o político, por lo tanto existe una

¹³³ Citado en Beck Ulrich. *Qué es la globalización*, 1997. p. 89

¹³⁴ Muchos autores han sintetizado este fenómeno señalando que lo que se ha dado es una pérdida de los paradigmas tradicionales que servían para interpretar al mundo.

multiplicidad de definiciones que explican aquello que producen los nuevos desórdenes y turbulencias mundiales.

- El pensamiento relativo a los mundos sociales-nacionales-estatales bien separados y ordenados resulta estrecho para todo aquello que cae fuera de sus categorías internas y externas. De ahí que actualmente al pensar en términos de espacios sociales transnacionalizados –como por ejemplo, pensar en los cambios que provocan los flujos de inmigrantes o la virtual accesibilidad en los horizontes de la internet-, nos hacen pensar en la pertinencia de conceptos tales como lo ambivalente, lo móvil, lo pasajero, el estar al mismo tiempo aquí y allí. Ello repercute en términos culturales, ya que se observa una sustitución del concepto de linealidad y de disyuntiva del “o esto o aquello”, por afirmaciones ilativas y ambivalentes “esto y aquello”: globalización y regionalización, vinculación y fragmentación, orden y desorden, centralización y descentralización, como dinámicas correspondientes de un mismo fenómeno.
- Todo quehacer social tiene lugar en un espacio transfronterizo, pues se inserta bajo la lógica del capitalismo mundial, en el que se tiende progresivamente a la división del trabajo y a la desigualdad, es decir, las contradicciones intrínsecas de dicho sistema también se globalizan, sin embargo, Bauman señala que la riqueza es localizada y la pobreza es globalizada.

Así, bajo estas coordenadas, aparece una de las características fundamentales de las llamadas sociedades posnacionales, que sería precisamente la pluralización de los contextos de interacción, por oposición a la unidad y al carácter englobante de los mismos en las sociedades premodernas culturalmente integradas por un universo simbólico unitario –por ejemplo, una religión universalmente compartida-. Tal pluralización no podría menos que acarrear consecuencias para la configuración de las identidades sociales, para las que se hace más difícil existir dado lo limitadas que resultan ser para una multiplicidad de identidades a las que pretende coptar, pues

ningún llamado logra englobar los intereses individuales, que se presentan en muchos casos como disímbolos.

El individuo es el centro en las sociedades posnacionales, pues es él solo, quien se confronta con mundos de significado y definiciones de la realidad no sólo diferentes sino también contradictorios, la subjetividad ya no dispone una base coherente y unitaria donde arraigarse, y en consecuencia, la identidad individual ya no se percibe como un dato o destino, sino como una opción y una construcción del sujeto. Por eso la “dinámica de la identidad actual es cada vez más abierta, proclive a la conversión, exasperadamente reflexiva, múltiple y diferenciada”¹³⁵.

Como consecuencia lógica se presentan una diversidad de composiciones identitarias. Sin embargo, lo anterior entraña una conflictividad inherente: el individuo se encuentra poco cohesionado al grupo, pues cada vez más se introyecta en su propio yo. De tal manera se afirma que, en este contexto de pluralidad identitaria es donde más se afloran los sentimientos individualistas.

Basada, no en sentido negativo, sino por el contrario, ya que sólo es a partir de una nueva conciencia individual, desde donde el ser humano puede componerse desde distintos ángulos. Para Rubert de Ventós, las diferencias entre el pasado y presente se explican porque “...ellos -los pertenecientes a las antiguas civilizaciones- son *individuos comunitarios*, mientras que nosotros constituimos *comunidades individualistas*, capaces de arrastrar no una, sino múltiples pertenencias distintas e incluso conflictiva. En ellos se manifiesta la *singularidad de las entidades colectivas* que en las sociedades modernas “anónimas” y cosmopolitas es sustituida por el *carácter plural y compuesto de las identidades individuales*. La moderna conciencia individual surge de la experiencia de pertenecer a múltiples ingredientes que constituyen al individuo...”¹³⁶.

¹³⁵ Giménez, Gilberto. *Op.cit.* 2000. p.69

¹³⁶ Rubert de Ventós Xavier. *Op.cit.* 1999. p.54

Y sintetiza esta nueva concepción ideología que se despliega en la actualidad sobre la noción de identidad, al señalar que en la actualidad se puede afirmar: “...puedo *tener una identidad familiar y religiosa y sexual, u étnica, y nacional, y confesional. Un abanico de partencias o “marcadores” eventualmente pueden cruzarse, pero nunca llegar a identificarse entre sí. Soy vecino, soy padre, soy varón, soy feligrés, soy profesor. Pertenecesco a una escuela, a un club, a un Estado. También he abandonado un partido político y un club de fútbol el día que me di cuenta que no deseaba que ganasen. Tengo una profesión, más de una confesión y varias aficiones. Algunos de estos colectivos me han sido dados; otros los he escogido, o me han tocado en suerte. No todos tienen para mí la misma importancia, es cierto, pero la relevancia de cualquiera de ellos nunca depende estrictamente de la de otro. Y tampoco me relaciono con todos de la misma manera. De un colectivo “soy”, en otro sólo “participo”, en un tercer “creo”, “milito” o quizá, simplemente, lo “voto”. Una serie de pertenencias o identidades “de responsabilidad limitada”, ciertamente, pero también compleja y liada. Y es en esta pluralidad de colectivos, en su entrecruzamiento o en sus solapamientos, donde me sienta individuo. Individuo libre...”¹³⁷.*

Podemos afirmar que en nuestra era global, reflexiva y llena de inciertos riesgos, las identidades tanto colectivas como individuales, son multidimensionales, heteroclíticas, ambivalentes, mudables; una compleja urdimbre ética, estética y práctica tramada por momentos de pragmatismo y fanatismo, de reafirmación y eclecticismo, de prudencia y tragedia.

Ahora bien, bajo esta nueva lógica que entiende la pertenencia del individuo a varias identidades a la vez. Maria Jarymowicz propone cinco niveles de identidad social que construyen y definen al individuo, las cuales pueden ser reales o imaginarias, cognitivas o afectivas, individuales o colectivas:

- El “**yo concreto**”: afectivo y motivacional, asociado a una sintonía social (simpatía, empatía, seguridad, relaciones personales, etc.) en el que el

¹³⁷ Ibidem. p. 65

sujeto busca la relación con su comunidad y satisface necesidades primarias.

- El “**yo público**”: relacionado con la socialización externa, adoptando reglas externas (recompensas y castigos). A este nivel, los otros grupos son pocos perceptibles, concluyendo la solidaridad (circunstancial) en el momento en que el individuo se independiza del grupo (vecinos, estudiantes, colegas, etc.).
- El “**yo comunitario**”: construcción voluntaria en la que se crean categorías de diferenciación entre “ellos” y “nosotros”. Asociado a una identificación emocional intergrupala –favoritismo- y la clarificación de la homogeneidad frente a otra comunidad (nacionalismo, género, clases sociales, etc.). Acepta los valores reconocidos por el grupo de referencia y tiene dificultades para reconocer los objetivos del “otro”.
- El “**yo conceptual**”: basado en criterios abstractos a partir de los deseos de definición propia (puede ser profesional, deportiva, tolerante, etc.) es independiente del “yo público” y tiene mayor relación con los valores con los que más se identifica.
- El “**yo objetivado**”: a partir de la intención de definir los deseos personales (evaluación) y reconocimiento *ad valorem* de una causa definida (medioambientalistas, defensores de derechos humanos, altermundistas, etc.)¹³⁸.

Estas son meras distinciones analíticas que permiten interpretar al individuo bajo sus diferentes facetas. Empíricamente, U, Beck señala que hoy las identidades se encuentran abigarradamente mezcladas, pues “...de algún modo son cosmopolitas y al mismo tiempo provincianas, cuya característica central es la siguiente: las antiguas señas de pertenencia no bastan, dada la actual difusión que reciben formas de vida a las que denomina transnacionales, a través de la mediación de los medios de comunicación y en general de la industria cultural. Como consecuencia de esto, los vínculos culturales, las lealtades y las identidades desbordan las fronteras y los controles nacionales,

¹³⁸ Jarymowicz María. *Diversidad de los esquemas del yo-nosotros e identificaciones. Identidad social: aproximaciones psicológicas a los grupos y a las relaciones entre grupos*. Valencia. Pormolibro, citado por González Mónica. *Op.cit.* 2004. p.11

por ejemplo, individuos y grupos que eligen canales transnacionales de televisión y consumen sus emisiones, viven tanto aquí y como allá...”¹³⁹.

Enuncia cinco principios que en la actualidad se encuentran imbricados y son capaces de dar luz sobre un paisaje identitario transnacional, en el cual se globalizan las emociones:

1. El *principio de la experiencia de crisis de la sociedad mundial*, es decir, de la “comunidad civilizatoria de destino” percibida a través de los riesgos y crisis globales, que supera las fronteras entre lo interior y lo exterior, entre nosotros y ellos, entre lo nacional y lo internacional.
2. El *principio del reconocimiento de las diferencias de la sociedad mundial* y del carácter conflictivo de esa sociedad que se deriva de ellas, así como la (limitada) curiosidad por la alteridad de los otros.
3. El *principio de la empatía cosmopolita y del cambio de perspectiva*, y con ellos, de la intercambiabilidad virtual de las situaciones (como oportunidad y como amenaza).
4. El *principio de la imposibilidad de vivir en una sociedad mundial sin fronteras* y el afán, derivado de tal imposibilidad, de trazar y establecer nuevas/antiguas fronteras y muros.
5. El *principio del mestizaje*, es decir, las culturas y tradiciones locales, nacionales, étnicas, religiosas y cosmopolitas se interpenetran, relacionan y mezclan.

Beck señala que en la actual constelación posnacional resulta necesario definir y fijar las diferencias, oposiciones y fronteras, con base en el conocimiento de la semejanza fundamental de los otros. Sólo así, las fronteras con los otros dejarán de ser bloqueadas y oscurecidas por la desemejanza ontológica, haciéndose transparentes a la observación de lo ajeno. Esta semejanza irrenunciable abre un ámbito de empatía y agresión difícilmente delimitable. De una se deriva compasión, porque el Otro (que ha dejado de ser

¹³⁹ Beck Ulrich. “La cuestión de la identidad”. Artículo de opinión publicado en el País: <http://inicia.es/de/cgarciam/Beck04.htm>

desemejante) está presente en el propio sentimiento, en la propia vivencia: la autoobservación y la observación de lo ajeno dejan de ser mutuamente excluyentes. El odio se desvanece porque aquí se derrumban los muros de la ignorancia y enemistades institucionalizadas que habían protegido mi propio mundo. Cuando las distinciones y dicotomías aparentemente eternas se tornan estériles, no se sostienen, se disuelven y entremezclan, cuando el mundo se convierte en una entidad caótica, pues ni el Estado ni la nación pueden ya ordenar y controlar, como fetiches de la época, la vida y la convivencia humana; entonces, queda en manos de las personas recomponer por sí mismos su mosaico identitario, sus lazos. Sin embargo, éste es un pobre consuelo. Por más que la interpretación predominante de la identidad apunte precisamente a eso, se sigue dejando a miles de millones de desorientados a solas con la elección entre una desmedida perseverancia en su identidad (fundamentalismo) o la renuncia a ella (lo que denomina suicidio cultural).

Finalmente para no caer en desanclajes identitarios, afirma Beck que es necesario alentar a los contemporáneos a reconocer y afirmar la variedad de fibras tradicionales entretreídas en su propia identidad, ya que si no aprenden a valorar hasta qué punto las diversas culturas forman parte de su propia vida, estaremos en el mejor camino para universalizar el sentimiento de haber sido expulsados de nuestra propia patria..., con los consiguientes brotes “naturales” de odio y violencia¹⁴⁰.

3.2.2 La propuesta del discurso democrático

Como se describió anteriormente, el individuo no se encuentra sujeto inevitablemente a ninguna identidad específica; las identidades son cambiantes, y los sujetos tienen capacidad relativa de discriminación, selección y adscripción.

¹⁴⁰ Beck Ulrich. “La cuestión de la identidad”. Artículo de opinión publicado en el País: <http://inicia.es/de/cgarciam/Beck04.htm>

Así, el individuo del siglo XXI se encuentra en la encrucijada o el traslapamiento de las comunidades de origen, de los colectivos de elección y de los sistemas aleatorios que en él concurren. De tal manera que el individuo actúa según el contexto y en función de aflorar expresando en cada uno de ellos “una” de entre todas sus identidades, lo anterior se esquematiza bajo la siguiente fórmula: $\frac{1}{\text{Entre todas sus identidades}}$ ¹⁴¹.

Entre todas sus identidades

Hoy, es el individuo quien se confecciona con los ingredientes que su propia experiencia de vida le ha ido presentando. Para desarrollar esta parte cabe preguntarse, cuál es el papel que en la actualidad desempeña el discurso democrático y cómo permea éste a la noción identitaria.

Antes de iniciar es necesario señalar que la democracia es concebida como un modelo de organización estatal en el cual se busca la legitimidad de las reglas jurídicas y de las decisiones políticas a partir de la participación de todos los afectados por ellas.

Sin embargo, la puesta en práctica de la toma de decisiones colectivas, ha avivado una serie de carencias de la estructura democrática, pues su faceta procedimental, resulta ser poco sólida si no va acompañada, tanto de la efectividad de un marco normativo como de un sustrato cultural que le permita, asentarse firmemente como la mejor forma de gobierno, en un momento en el que el papel del Estado se encuentra amenazado, pues compite con otros poderes. Para revertir esto, el Estado intenta adaptarse a las nuevas condiciones concibiendo un orden democrático en el cual se garantice la existencia de un pacto sobre el tipo de convivencia social y política deseable, que no clausure las diferencias y los conflictos de interés, pues debe ser capaz de asegurar que ellos se desahoguen sin poner en riesgo los derechos esenciales y sin dañar el tejido institucional del país. Así, la democracia supone, entonces, el reconocimiento del derecho a la existencia por parte de

¹⁴¹ Rubert de Ventós Xavier. *Op.cit.* p.62

todos, que debe darse de manera recíproca y del cual se desprenden, en un segundo momento, los derechos de reunión y de asociación, así como las libertades de pensamiento y creencia, de tránsito y de expresión.

El problema que se ha presentado en muchas sociedades –México no es la excepción-, la democracia no ha podido desprenderse de su origen estatal para abrirse a una concepción más amplia que aluda a una serie de principios y valores que rigen a la sociedad y a las instituciones, pues no ha sido posible transformar el sedimento cultural, de ahí que los antagonismos y esencialismos –nocivos para toda estructura democrática- sigan teniendo lugar, pues los individuos no han cambiado sus aparatos mentales, por lo que la defensa de la libertad, la igualdad, el interés común y el individual, el desarrollo moral, las decisiones eficientes, la tolerancia, etc., no se cristalizan en acciones cotidianas.

Es decir, la democracia se ha visto insostenible si no se acompaña por un esquema ideológico que tienda a transformar directamente las creencias de la gente, sus emociones y prácticas. Costumbres que a diario ponen en evidencia la incongruencia de las nuevas reglas del juego democrático con las prácticas, que van desde las decisiones políticas, que son parte inherente de la organización del Estado democrático, hasta las formas más primarias de convivencia humana.

En este sentido, la democracia como sistema, requiere de la formación de un sustrato simbólico que rija la estructura de pensamiento de los individuos que componen una comunidad política, y más si se trata de una comunidad compuesta por identidades atomizadas y efímeras.

Es decir, de una cultura política, entendida como “la síntesis heterogénea y en ocasiones contradictoria de valores, informaciones, juicios y expectativas de los individuos y que por tanto, dibujan el perfil de los sujetos políticos en interacción”¹⁴². Mediante la cual, se le inyecte contenido a las evaluaciones,

¹⁴² Gutiérrez L. Roberto. *Op.cit.* 2001. p. 27

conocimientos y circulaciones afectivas que sujetos individuales y colectivos mantienen con relación al sistema político, su historia y su normatividad; sobre el tipo de participación, negociación o confrontación que se desarrolla alrededor de los centros de decisión, así como sobre el valor y la importancia de la pluralidad, el consenso y el disenso.

Así, se observa que cobra fuerza la presencia de un discurso democrático, que alude permanentemente a la generación de un pacto sobre el tipo de convivencia social y política deseable, pero no por ello clausura las diferencias y los conflictos de interés, sino que asegura que ellos se desahoguen sin poner en riesgo los derechos y garantías esenciales y sin dañar el tejido institucional. A través de este tipo de discursos se genera un pozo común de ideas, valores y propensiones a actuar que atañen, como mínimo a la representación de las formas jurídico – políticas del Estado como son el concepto de ciudadano, de ley, de autoridad, de justicia y verdad, de vida pública y vida privada, de persona, de separación entre Estado y religión, etc.

El discurso democrático supone, pues, el reconocimiento del derecho a la existencia por parte de todos, que debe darse de manera recíproca y del cual se desprenden, en un segundo momento, los derechos de reunión y de asociación, así como las libertades de pensamiento y de creencia, de tránsito y de expresión. Una vida social pensada sobre la base del principio de que es preferible el orden a la anarquía, la paz a la guerra, el cambio institucional a la ruptura violenta¹⁴³.

Por ejemplo, la *ley* suele imaginarse por los ciudadanos como aplicable a todos por igual. No hay *Tribunal de Justicia* que pueda aceptarse si no lo imaginamos como una instancia del poder político, imparcial y que nos concede el derecho a defendernos. La *autoridad* la imaginamos como discutible y controlable, por lo que vemos necesario elegirla y cambiarla. La *justicia*, la hemos de suponer como fruto de una constante tensión por aproximarnos a la igualdad de oportunidades sociales mediante un reparto igualitario del bien

¹⁴³ Ibidem. p. 74

público y los derechos. La *verdad* no la concebimos sino como resultado de un debate sin constricción alguna, para aceptar el mejor argumento: éste dependerá de lo que se esté buscando para la ocasión. Ante el *Estado* nos parece más sensato intervenir en su constitución y ser titulares de su legitimidad constrictiva, que dejársela a algún jerarca religioso o dictador. El Estado se compromete en garantizar el respetar nuestra determinación sobre cómo disponer de nuestra vida privada.

Este componente imaginario de emociones, deseos y creencias nos confiere una identidad básica, que no solamente afecta al concepto de ciudadano (un sujeto igual entre iguales en una *polis* organizada bajo instituciones democráticas). Sobre este común fondo básico de identidad, la organización estatal democrática requiere además determinadas cualidades cívicas sobre cómo hacer convivir formas de identidad nacional y local, religiosa y laica, pública y privada, etc. Cualidades dirigidas no sólo a evitar la violencia como camino para solucionar los conflictos sino también a persuadir mediante actitudes positivas de tolerancia, trabajo en común con otros ciudadanos diferentes. Son cualidades que responden a determinados deseos de participar en el proceso político del bien público y también a cierta aptitud a mostrarnos autorrestringidos en nuestras exigencias, tanto políticas como económicas¹⁴⁴. En este sentido, el Estado exige el apoyo ciudadano para hacer efectivas las decisiones públicas del Estado, que en ocasiones llegan incluso a penetrar las decisiones personales relativas a los propios estilos de vida.

El pluralismo del Estado democrático no solo tiende a indicar que lo que hay es gente diversa y plural, sino que la gran mayoría comparte el sustrato común de la identidad democrática: *nosotros los ciudadanos*, que permite construir un orden colectivo, en el que al tiempo que se debaten propuestas alternativas de convivencia y organización social, económica o política, se evitan los riesgos de los antagonismos destructivos.

¹⁴⁴ Azurmendi Mikel. *Todos somos nosotros*. 2003. p. 23 y 24

Lo que pretende el discurso democrático es generar la conciencia de un *nosotros* apto para que el yo expanda y adquiera libremente su identidad, es decir, un *nosotros* a base de *yoes* respetuosos con la autorrealización individual, sea aislándose en su intimidad o bien asociándose en clubes de ocio o de estudio, partidos políticos, sindicatos u organismos cooperativos altruistas, en organizaciones de caza o pesca, de plegaria o literatura, de lujuria o ascesis. Un *nosotros* para que cada uno pueda crear o sólo consumir, pero cada cual decidiendo el estilo de vida con que se forjará a sí mismo. Salvaguardando el respeto y los derechos del otro, nadie puede imponer a otro su estilo de vida, una creencia religiosa o estética, un credo político o una concepción sobre el bien. Imponérselo sería hacerle daño y sabotearía su autonomía personal. Le humillaría en definitiva. Y eso es lo que no está tolerado en la cultura democrática¹⁴⁵.

Es decir, el pluralismo democrático implica fortalecer ese *nosotros* garante de que cada persona tenga libertad de elegir identidad y opacidad para actuar y defender las prácticas y concepciones de cualquier grupo con quienes quiera asociarse. A condición de que jamás restrinjan los derechos fundamentales de nadie y evidentemente, de que cualquier miembro del grupo pueda elegir quedarse en él o marcharse.

De tal manera que bajo la influencia del discurso democrático, se fomenta el no ser huésped de ninguna de las identidades que lo constituyen, ni dejar que una de ellas –como la raza, o la ciudadanía- monopolice, ordene y devore a las otras, pues, sólo esta conciencia permitirá mantener una positiva diferencia hacia la diferencia y un respeto no condescendiente a las minorías¹⁴⁶.

Con ello, el discurso democrático otorga un nuevo contenido al concepto de la igualdad, pues ya no se coloca por encima de nuestra existencia individual, es decir, no somos iguales porque somos criaturas de Dios, ni porque estamos dotados de razón, como afirmaba el discurso religioso y moderno respectivamente, sino que la igualdad se fundamenta en la voluntad y el

¹⁴⁵ Ibidem. p.28

¹⁴⁶ Rubert de Ventós Xavier. *Op.cit.* 1999. p.63

esfuerzo de cada uno por ser diferente a todos los demás, por crearse una vida particular.

A este respecto Alain Touraine representa este nuevo sentir al afirmar que el principio de igualdad actual, no tiene por lo tanto, un contenido propio. Se trata de una igualdad no objetiva, que no existe sino como principio general de conjugación de la actividad instrumental –definida en medida creciente por las reglas de funcionamiento de las organizaciones del mercado en el cual participamos- con la identidad cultural. Por lo tanto la idea de individuo no define en ningún modo el *ideal del yo* ni tampoco tiene función de *superyó*. Menos aún corresponde a figuras portadoras de valores, como el sabio, el santo, el héroe. De su horizonte están ausentes dioses de cualquier suerte, no existen tipos de sujetos sociales o nacionales...la eliminación de cualquier contenido concreto de la categoría de hombre, de toda definición universal de ser humano, debe ser completa. La fase final y más completa de tal eliminación es aquella que reconoce que no coexiste ningún Hombre, existen hombres y mujeres. Sólo así los términos de igualdad y diferencia se vuelven complementarios e inescindibles. *Somos iguales entre nosotros sólo porque somos diferentes los unos a los otros* (cursivas nuestras)¹⁴⁷.

Para llegar a este estadio, el discurso democrático penetra incisivamente en el momento en el que el individuo adopta su propio yo a partir de la interpretación y diferenciación del *otro generalizado* -en palabras de H. Mead-, o bien en el pasaje que va del individuo aislado a la relación de éste con otros individuos reconocidos. El discurso democrático pretende enfatizar que la construcción del yo depende de un reconocimiento recíproco como individuos, “el individuo no puede constituirse como individuo autónomo si no es a través del reconocimiento del Otro, lo cual no significa descubrir, tanto en él como en mí mismo, un individuo universal, ni aceptar su diferencia: significa reconocer que hacemos en situaciones y sobre materiales diferentes, el mismo tipo de esfuerzo por conjugar instrumentabilidad e identidad. Lo que es muy distinto buscar como intenta Habermas, las condiciones universales de la

¹⁴⁷ Touraine, Alain. *Op.cit.*, 2002. p. 62 y 63

comunicación, ya que no se trata de dialogar con el otro sino de reconocerlo como individuo y de esta manera reconocerse a uno mismo como tal”¹⁴⁸.

Lo que intenta generar el discurso democrático son principalmente dos cosas: primero, una comprensión sutil de lo que es la democracia, es decir, lo relativo a las estructuras formales que ella implica, como son sus formas procedimentales, específicamente la obligación de emitir su voto, para trascenderlas al penetrar la cotidianidad de la vida social, a partir de la introducción de un nuevo aparato simbólico de aquello que tiene que ver con el Otro; y en este sentido, también pretende asegurar un conjunto de valores que rijan la conducta de los individuos, es decir, una conjetura acerca del tipo de acciones virtuosas sobre las que reposa la civilidad democrática, de ellas resaltan históricamente al menos cuatro dimensiones:

1. Un *espíritu público*, capaz de evaluar la actuación de los propios ciudadanos y de desarrollar un discurso público. Algunos lo han llamado “deliberación”, otros “razonabilidad pública” o capacidad de razonar la posición de cada cual, con vistas a convencer a los demás, es un aspecto esencial, pues con ello se pretende activar a la ciudadanía en la vigilancia del Estado democrático y con ello fomentar la participación en la ciudad política.
2. Un *sentido de justicia* capaz de discernir y respetar los derechos del otro, y de moderar las propias reivindicaciones, es el involucramiento de la ciudadanía para eliminar las barreras sociales, económicas, religiosas, ideológicas, de origen o sexo, que excluyan a personas del disfrute de la plena ciudadanía.
3. Un *sentido de decencia civil*, que se extiende hacia los aspectos banales de la vida cotidiana, en la calle, entre vecinos, en las tiendas, en los contratos de alquiler y en cualquier foro de gentes donde existe la interacción social. La decencia civil es el aspecto más privado de los

¹⁴⁸Ibidem 2002. p. 70. Cabe señalar que este reconocimiento del Otro no se limita a la relación interpersonal. Presupone además, condiciones institucionales sin las cuales el mismo individuo no podría constituirse como tal. Existen condiciones políticas y jurídicas de la libertad personal y de la comunicación entre individuos. Se trata ante todo del reconocimiento institucional y sustancial del derecho de cada uno de conjugar estrategias y experiencias de vida.

encuentros cara a cara que evita la discriminación. El no discriminar es una exigencia política de las instituciones, apoyada en la acción individual y singular de cada ciudadano en sus encuentros.

4. La *tolerancia pluralista*, implica la aceptación de cualquier forma de pensar, de creencia, de estilo de vida que elijan para sí los demás ciudadanos dentro del espectro legal y el derecho de las demás personas. Supone la tolerancia de diferentes credos religiosos y horizontes asociativos de los ciudadanos para así plantear permanentemente cierta ruptura del etnocentrismo, para así posibilitar una integración social. La apertura hacia los demás no se puede llevar a cabo sin la mirada interrogadora de uno mismo¹⁴⁹.

Sin el afianzamiento de tales referentes se complicaría bastante el avance en las tareas vinculadas con la afirmación de una institucionalidad política capaz de responder con eficacia a los múltiples retos del presente¹⁵⁰. Es por ello que la democracia requiere de identidades ciudadanas formadas dentro de una cultura política promotora de una forma de pensamiento abierta al análisis y la discusión, como conjunto de valores que hagan posible el procesamiento institucional de la conflictividad social son renunciar a recrear la pluralidad planteada¹⁵¹.

¹⁴⁹ Grosser Alfred. *Op.cit.* 199. p.70

¹⁵⁰ Gutiérrez L. Roberto. *Op.cit.* 2001. p.81

¹⁵¹ *Ibidem.* p.86

CONCLUSIONES

La identidad a través de este trabajo pudo ser definida como una *lógica de posicionamiento* que no sólo permite comprender, dar sentido y reconocer una acción, sino también explicarla, lo cual implica identificar a la otredad y prever su posible curso, porque el actuar en sociedad permite comprender roles, y con ello se nos orienta en la definición sobre la relación que se establece entre los tipos de identidad según determinada acción. Entendida de esta forma, la identidad nos remite a pensar en un proceso de construcción -y transmisión- de sentido atendiendo a un atributo cultural, o un conjunto relacionado de atributos culturales, a los que bajo determinadas situaciones, se les da prioridad sobre el resto de fuentes de sentido. Por lo tanto, es a través de la identidad como se hace evidente la existencia de una concepción ontológica que implica un proceso de reflexión dialéctica entre el individuo y la sociedad. Sin embargo, la inserción de las identidades en el presente, como pudo ser caracterizado éste, nos remite a problematizar esta afirmación, puesto que la estructura de la relación Identidad/reacción, construida bajo los viejos parámetros de pensamiento, se ve limitada y obsoleta, tanto para entenderse uno mismo, como para interpretar al Otro. Es decir, es imposible encontrar coherencia en las identidades multifacéticas del nuevo siglo, pues éstas requieren distintos marcos interpretativos para ser analizadas.

De esta forma, hoy el análisis de la identidad personal y grupal exige su observación a partir de tres elementos: la percepción de sí mismo; la situación que vive con todos sus diferentes artifices y las creencias y objetivos que comparte. Es decir, en la construcción identitaria, intervienen "él" y elementos circunstanciales, naturales o externos, independientes del individuo (lugar donde nace, etnia, raza, cultura, estatus e inclusive las actividades que realiza), y actos de voluntad (imagen y objetivos que persigue), definidos por la psicología del individuo, motivación, intereses, etc., creados o contruidos a partir de la intermediación discursiva, que lo obligan a categorizar y redefinir valores, objetivos e imágenes y a posicionarse –circunstancialmente- en torno a ellos.

Estos elementos constitutivos, pero más particularmente lo relativo a una presencia discursiva, en retroalimentación dinámica ilimitada, enfatizan la cualidad política de las identidades pues, por un lado el receptor es un sujeto que es concebido como una entidad *en falta*, un *lugar vacío*¹⁵² que varios intentos de identificación tratan de llenar mediante la generación de procesos de identificación; por otro, se potencia el sentimiento de pertenencia y compromiso con distintos grupos.

Pues es a través de las identidades o representaciones sociales, como la cualidad seductora del discurso se materializa en explicaciones que ayudan al sujeto *en falta* a “ordenar” su entendimiento sobre el mundo, es decir, tienen una función simbólica (factual u ontológica) y otra práctica (funcional o instrumental), de esta manera se estructura la postura ideológica del individuo, sus conocimientos, su historia, sus actitudes e inclusive su apreciación (subjetiva) sobre los hechos que se presentan. Finalmente, las identidades también establecen los lineamientos sobre los que puede transitar el individuo y el grupo, además regulan las relaciones con otros grupos convirtiéndose en instrumentos de normatividad y control social (simbolismo colectivo y funcional).

Una vez establecidos los marcos interpretativos tanto de las identidades como del discurso particularmente político, se dio paso a describir las nuevas cualidades identitarias (desancladas, abiertas, efímeras, múltiples, pulverizadas, etc.), a partir de la presencia de un contexto caracterizado por la pérdida de paradigmas y el desarrollo de una nueva fase del capitalismo, y con ello se demostró que, en la medida en que se han complejizado las interacciones sociales, económicas y políticas, también se multiplican las alternativas cosmogónicas y las estructuras con base en las cuales se clasifica y ordena al mundo.

¹⁵² El *lugar vacío* es una metáfora pues, como pudo señalarse, el sujeto desde el momento previo a su nacimiento, simbólicamente ya existe, en la medida en que éste ha sido denominado y se le han atribuido discursivamente una serie de cargas de sentido subjetivo. Sin embargo, aún inserto en estas tramas de significación, el sujeto es considerado como una entidad deseante, es decir en falta.

Es decir, como se ha venido señalando, los seres humanos pueden tener una o más identidades, por lo que comparten es la pertenencia de diferentes representaciones sociales, variados sistemas de pensamiento que, frecuentemente, derivan en distintas concepciones ideológicas, todas ellas enfrentadas, algunas veces de modo irreconciliable -aquí cabe hacer un paréntesis, para señalar el escepticismo que produce a ciertos autores sobre la fortaleza de las representaciones sociales que generan la presencia de múltiples identidades en un mismo individuo, y con ello hablan de encuentros culturales desiguales, favorecidos por el desarrollo histórico de la sociedad que, como tendencia, desdibujan las muchas o pocas identidades sociales que un individuo puede verse obligado a tener en el curso de su existencia-.

Esta conflictividad, se ve agravada si se suma el problema intrínseco que el legado moderno dejó a las identidades, entendido como la impresión de una lógica esencialista que fomenta una perspectiva binaria, que nos conduce a pensar la política desde la visión amigo/enemigo.

Por lo tanto, dada la amenaza que representa para la coexistencia pacífica la multiplicación exponencial de la diferencia, se ha conducido a replantear los contenidos de la doble relación existente entre la presencia de nuevas prácticas sociales y la puesta en juego de una intencionalidad discursiva particular. Y en este sentido es como ha cobrado fuerza un discurso democrático capaz de conformar un sedimento cultural básico mediante el cual se inserten las bases que garanticen la convivencia armónica de los contrastes.

Sin embargo, cabe mencionar que en contextos como el nuestro, donde se dice que en determinados espacios de interacción la tradición no se ha erradicado por completo, en otros la modernidad se presenta tardía y en los menos la llamada por unos modernidad radicalizada, o por otros posmodernidad -como momentos para indicar la transformación de ciertas circunstancias- potencializa la construcción de híbridos identitarios contruidos por la relación de lo viejo y lo nuevo, y con ello se exacerba la latencia al conflicto.

Lo anterior, evidencia la falta de homogeneidad en las circunstancias tanto sociales como personales, misma que da lugar a distintas resignificaciones, es decir, diferentes formas de interpretar por intermediaciones discursivas lo que denominamos “realidad”, y que en ocasiones resultan ser de lo más disímbolas; ello nos permite pensar que la construcción de identidades es necesariamente un *campo de batalla*, en el cual, simbólicamente se juega la construcción de subjetividad, pues la lucha por la interpelación conduce en muchas ocasiones a poner en riesgo la propia existencia. En este momento es donde adquiere pertinencia la perspectiva democrática como una base sustantiva que permita hacer convivir distintos credos políticos, religiosos, culturales, económicos, etc.

BIBLIOGRAFÍA

Althusser Louis. *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Ediciones Quinto Sol. 15ª. Reimpresión. México 2004.

Ansart Pierre. *Ideología, conflictos y poder*. Premiá, México 1983.

Azurmendi Mikel. *Todos somos nosotros*. Editorial Taurus. Madrid, 2003.

Benveniste, Emile. *Problemas de Lingüística general*. Siglo XXI México 1982.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas. *La Construcción Social de la Realidad*. Amorrortu Editores. Argentina 1998.

Bourdieu, Pierre. *Sociología y cultura*, México, colección Los Noventa, CNCA-Grijalbo, 1990.

Baudrillard, J., Habermas, J., et, al. *La posmodernidad*. Editorial Kairós Barcelona, 1998.

Casals Carles. *Globalización. Apuntes de un proceso que está transformando nuestras vidas*. Intermón Oxfam. Barcelona, marzo 2001.

Castells Manuel. *La era de la Información. Economía sociedad y cultura. Vol. I La sociedad red*. Ed. Siglo XXI México 2000.

Castells, Manuel. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura Vol. II. El poder de la identidad*. Alianza Editorial, Madrid, 2003.

Chemama, Roland coord. *Diccionario de Psicoanálisis*. Amorrortu Editores, Argentina 1998.

Foucault Michel. *El orden del discurso*. Tusquets editores. México 2002.

García Márquez Gabriel. *Memoria de mis putas tristes*. Editorial Diana, Mondadori. España 2004. p. 93

Giddens, Anthony. *Consecuencias de la Modernidad*. Alianza Editorial, Madrid 2001.

Goffman. I. *Estigma. La identidad deteriorada*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires 1986.

González Mónica. *Las Muchas identidades. De nacionalidades, migrantes, disidentes y géneros*. Editorial Quimera México 2004.

Grosser Alfred. *Las identidades difíciles*. Colecciones Biblioteca del ciudadano. Ed. Bellaterra. Barcelona 1999.

- Gutiérrez L. Roberto. *Identidades políticas y democracia*. Ensayos No. 7. IFE, México 2001.
- Gutiérrez Silvia. *Discurso político y argumentación UAM – Xoch*. México 2000.
- Habermas, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa*. Ed. Taurus, Madrid, 1987.
- Habermas, Jürgen. *Discurso filosófico de la modernidad*. Taurus, Madrid, 1989.
- Jáidar, Isabel Comp. *Caleidoscopio de subjetividades*. UAM – Xoch. México 1999.
- Laplanche, J y Pontalis. *Diccionario de psicoanálisis*. Editorial Labor, Barcelona, España, 1983.
- Lechner Norbert. *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. Ediciones Lom. Buenos Aires, 2002.
- Lyotard, Jean-Francois. *La condición posmoderna*. Ediciones Cátedra, Madrid España, 2000. p. 32
- Oakeshott, Michael. *El racionalismo en la política y otros ensayos*. El discurso político. Ed. FCE. México 2000.
- Paris Pombo Ma. Dolores. *Crisis e identidades colectivas en América Latina*. Plaza y Valdés, México, 1990.
- Pecheux, M. *Hacia el análisis automático del discurso*. Ed. Gredos Madrid 1978
- Rubert de Ventós Xavier. *De la identidad a la independencia: la nueva transición*. Editorial Anagrama. Barcelona 1999.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Folios Ediciones, México, 1985.
- Touraine, Alain. *Igualdad y Diversidad. Las nuevas tareas de la democracia*. FCE. México, 2002.
- Valenzuela, José (Coord.). *Decadencia y Auge de las identidades*. Ed. Colegio de la Frontera Norte y Plaza y Valdés. 2ª. Edición. México 2000.
- Van Dijk Teun. *Ideología*. Ed. Gedisa. México 2000.
- Van Dijk Teun. Comp. *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II*. Ed. Gedisa Barcelona 2000b.

Van Dijk Teun. *Estructuras y funciones del discurso*. Ed. Siglo XXI 132. edición México 2001.

Vattimo, Gianni. *La sociedad transparente*. Paidós, Barcelona, 1990.

Vázquez, Josefina A. *Nacionalismo y Educación en México*. El Colegio de México. 1979

Weber Max. *Economía y sociedad*. FCE. Colombia 1997.

Zabludovsky, Gina (Coord.). *Teoría sociológica y Modernidad*. UNAM, Plaza y Valdés editores. México 1998.

Revista ESTUDIOS. Filosofía Historia Letras. No. 68 Primavera 2004, ITAM. México 2004.

Entrevista a Van Dijk Teun, en:

http://www.google.com.mx/search?q=cache:7KM5YOMPjicJ:www.bib.uab.es/pub/athenea/15788646n1a2.pdf+discurso+y+su+funci%C3%B3n+social+&hl=es&lr=lang_es&ie=UTF-8

Beck Ulrich. La cuestión de la identidad. Artículo de opinión publicado en el País: <http://inicia.es/de/cgarciam/Beck04.htm>